

GENERAL ALBERTO BAYO

MI APOORTE
A LA
REVOLUCION CUBANA



ENERO, 1960

IMP. EJERCITO REBELDE
HABANA

AL LECTOR

La recaudación íntegra que produzca el libro "*MI APOORTE A LA REVOLUCION CUBANA*", será para los deudos de los valientes del "Granma" que se inmolaron.

Una comisión de damas, (madres y viudas de los tripulantes del "Granma"), se encargará de administrar los fondos que se recojan.

Los beneficios de este libro se repartirán en la siguiente forma:

Al padre de cada mártir se le concederá un punto en la repartición de los beneficios.

A las viudas dos partes, es decir, doble que a los padres.

A cada hijo legítimo o natural, tres partes a cada uno.

Y a las madres cinco partes.

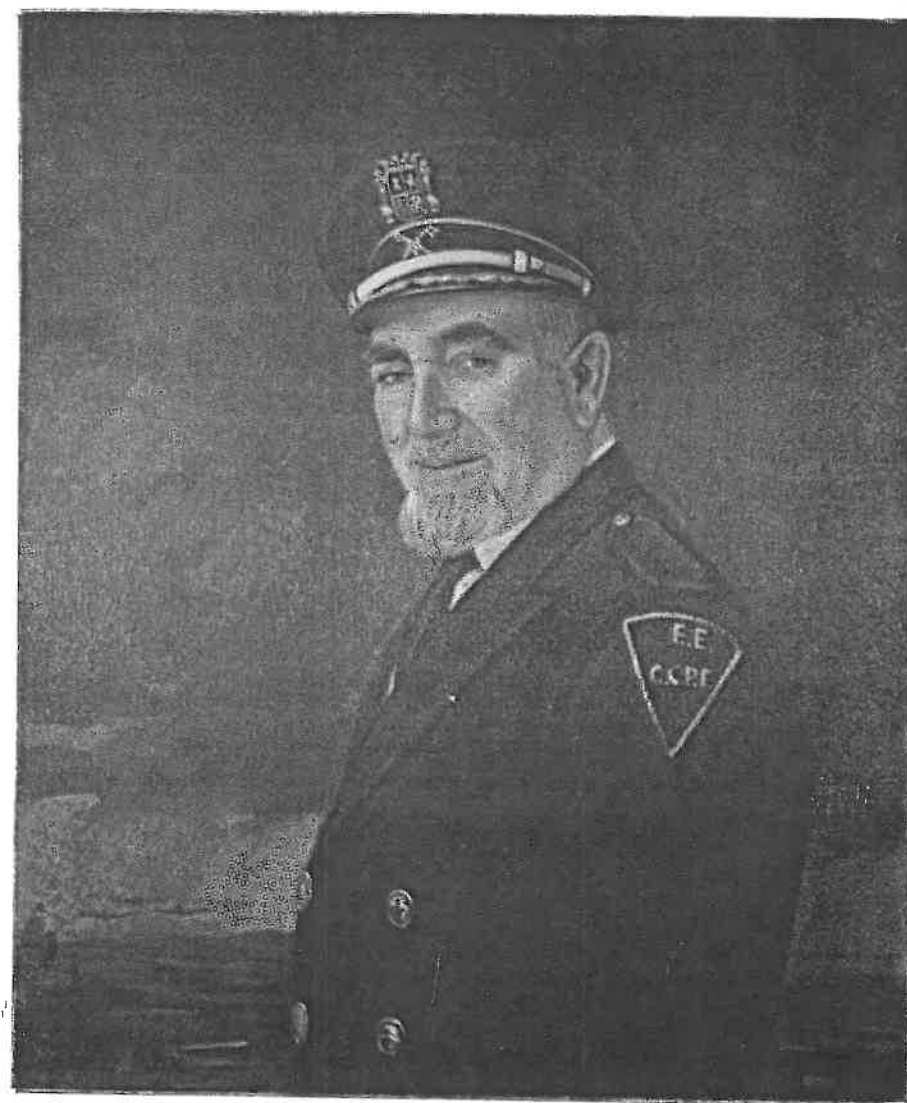
Un tribunal nombrado por el comité de madres y viudas de los héroes estudiará y resolverá los casos especiales.



COMANDANTE DR. FIDEL CASTRO RUZ

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Gova

<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>



GENERAL ALBERTO BAYO

Cuadro al óleo del pintor Antonio Sereix.

Robado del archivo del Dr. Antonio Rafael de la Cova
<http://www.latinamericanstudies.org/cuba-books.htm>

PROLOGO

DEL

COMANDANTE

DR. ERNESTO GUEVARA

EN EL PROCESO de la lucha revolucionaria, la sucesión ininterrumpida de nuevos hechos, que se traduce en nuevas contiendas y nuevos trabajos, van dejando en el pasado como una sucesión de jalones que matizan, sin orden ni concierto, toda esta parte de la historia en la que uno es actor en la pequeña medida de sus posibilidades.

En el proceso revolucionario, como en los dramas antiguos, el coro —el pueblo— es el gran motivador de las situaciones y sirve de trasfondo ininterrumpido a las escenas en las cuales los actores individuales se suceden rápidamente sin dejar casi huellas. El gran motivador nos absorbe con su línea implacable y nos funde en la masa anónima. Hay veces sin embargo, que algún narrador aparece en escena y fija determinado aspecto y determinados personajes dentro del gran marco revolucionario.

Así, en este libro, nos vemos de pronto retratados y convertidos en anécdotas. Nos vemos como personajes, como una abstracción que interpretamos independientemente de aquella realidad que vivimos en un momento determinado. Sin embargo, somos nosotros, aunque a través de otro temperamento cuya escala de prioridades difiere de la nuestra y da realce a aspectos que en nuestro mo-

mento pasamos por alto, descubre jalones nuevos a los que nuestro subconsciente sabe diseminados en el camino del sacrificio.

Hay que reconocer que la verdad histórica guía sus pasos; puede haber una palabra que no sea exacta, pero todas las situaciones son fieles. Alguna vez dijimos que estábamos haciendo historia y no nos dábamos cuenta de ello... hoy la vemos allí narrada. No la que interpretamos, voluntad del pueblo creando su gran caudillo revolucionario; si un fragmento fotografiado, es decir, estático, del gran drama popular. Con la deliciosa ingenuidad de la vieja crónica de Bernal, narra el General Bayo todos los antecedentes personales de quienes formamos el conjunto abigarrado y dispar de "Los 82".

Como en toda crónica, alcanza este boceto histórico su más alta expresión cuando el autor nos narra su desesperación personal al verse preterido por sus alumnos en la gran aventura. Es el acento sincero de quién sabe que su cuerpo es viejo y que ya no puede transportar a un espíritu eternamente joven; es la desesperación del guerrero en cuyo pecho anida el sentimiento quijotesco de un caballero español que se siente culpable de no poder.

Para mí, a quien él llamó su mejor alumno, constituye un honor el poner estas líneas de prefacio a los recuerdos de un gladiador que no se resigna a ser viejo. Del General Bayo, quijote moderno que sólo teme de la muerte el que no le deje ver su patria liberada, puedo decir que es mi maestro (el único individualizado, ya que la gran experiencia de mi vida guerrillera la dió ese telón de fondo del drama, que es el pueblo), de su obra, no puedo decir como caerá a la gran masa de los no actores que la lean; para mí fué un remanso, en estas horas en que los hechos superan mil veces a la reflexión o al recuerdo. Podría haberme ahorrado estas líneas citando los versos que encabezan un libro del Padit Nehru

*"Cuando en dulces sesiones de pensar silencioso
los recuerdos convoco de las cosas que fueron..."*

CHE.

DEDICATORIA

EN LA HISTORIA de América, tan preñada de hechos gloriosos, no hay un capítulo más abnegado y valiente, como la expedición heroica que al mando del más puro de los dirigentes americanos el Dr. Fidel Castro iniciaron la liberación de Cuba del oprobio y la Tiranía.

El 2 de diciembre de 1956, tras de empeñar su sagrada palabra, Fidel Castro, y sus 80 compañeros, desembarcaron en las playas de Oriente, para abrir una intensa etapa en la vida contemporánea, sin precedente la Revolución más enérgica, sana y popular que jamás haya visto ningún país en este Hemisferio.

Muchos cayeron para entrar directamente en el ámbito de la Gloria. Y como Martí dijera: "La Patria no es pedestal, sino ara", aquellos heroicos expedicionarios del "Granma", sirvieron a su escarnecida patria, como a un ara maternal y sublime.

Gran parte de los caídos fueron mis alumnos en la enseñanza militar de las guerrillas y sentí como en carne propia su inmolación. Estaba totalmente vinculado a ellos. Es en recuerdo de su generosidad, patriotismo limpio y espíritu de sacrificio, que dedico íntegramente los beneficios de la edición de este libro, para llevar a sus deudos una aportación más romántica que efectiva, del que fué su maestro, compañero y hoy rendido admirador.

Cada ejemplar va numerado y lleva la firma del suscritor y constituye un relato fiel y sincero del capítulo más

elevado de mi vida, dedicada a combatir las tiranías, donde aquellas se encuentren.

Como cubano me siento orgulloso de haber nacido en una tierra de hombres, mujeres, ancianos y niños tan valientes. Como ciudadano del mundo, seguiré combatiendo las sangrientas tiranías de Trujillo, Franco, Somoza, Stroesner y Duvalier.

Para aquellos que ofrendaron su vida en una lucha esforzada de uno contra cientos, mi perenne recuerdo, por su gesta gloriosa y elevada: la salvación de la Patria.

Y para los deudos del "Granma" mi corazón y mi mano siempre extendida como uno más que aunque no tuve el honor de ser expedicionario, lo fui en todos los aspectos espirituales, combativos e intelectuales.

EL AUTOR.

MI PRIMERA CHARLA CON FIDEL

Fidel Castro, sentado frente a mí, me gritaba gesticulando con violencia, como si me echara una gran bronca:

"¡Usted es cubano, usted tiene la ineludible obligación de ayudarnos!"

Aquel joven, de veintinueve años, frente a mis canas, bien blancas, vencidas por los años, parecía mi padre, y yo su hijo ante la riña que allí mismo en mi propia casa me estaba disparando.

Se trataba de lo siguiente: Fidel Castro Ruz, cubano, abogado, fogoso, idealista y visionario de su patria, —Cuba— quería convencerme a mí de que me uniera en su día a una expedición armada contra el tirano de la bella isla, el Sargento Batista, autonombrado general. Yo, exilado político, que deambulé por muchos rincones del mundo, al perder mi patria, por el levantamiento del dictador Franco, tenía en verdad mucho odio a las dictaduras.

Reflejaban aún mis pupilas, los dolores vistos en España, los montones sin fin de muertos que sirvieron de monumental y faraónica escalera para que trepara por ella hasta alcanzar la dominación del gobierno español, el mayor canalla que parió madre, el dictador enano con perpetuo confesor y coleccionista de bendiciones papales que para poder lanzar al hondísimo pozo de la ruina a España ha tenido que asesinar a un millón doscientas mil almas, cifra que espanta por su horripilante crueldad y que siendo rigurosamente cierta, parece cuento de monstruos y de pesadillas dantescas.

Mi odio a Franco lo tocó Fidel Castro como secreto resorte para que saltara, para que accediera a su petición.

¿Pero qué es lo que al fin y al cabo quería Fidel Castro?

Fidel, aquel joven que ante mí tenía gesticulando, pedía una cosa que en medio de todo no tenía mayor importancia.

Me decía que él pensaba derrocar a Batista en un futuro desembarco que pretendía efectuar con hombres, "cuando los tuviera" y con barcos "cuando tuviera el dinero para comprarlos", pues en aquel momento en que hablábamos él no tenía ni un hombre ni un dólar. ¿No tenía gracia la cosa? ¿No parecía juego de niños?

El me preguntaba "si yo me comprometía a enseñar táctica de guerrillas a sus futuros soldados cuando los hubiera reclutado y cuando recolectara el dinero para alimentarlos, vestirlos, equiparlos y comprar barcos para trasladarlos a Cuba". ¡Vamos, —pensé yo— aquel joven pretendía levantar una montaña con una mano!

¿Qué me costaba complacerle?

—Sí, Fidel, prometo instruir a esos muchachos en el momento que sea preciso.

—Bien, gracias en nombre de Cuba, aunque a un cubano no hay que darle las gracias por morir por su patria.

Me parecía un poco fuera de tono, problemática, esa conversación.

Fidel Castro añadió:

—Bien, yo marchó a los Estados Unidos a recoger hombres y dinero, y cuando los tenga dentro de unos siete u ocho meses, a fines de este año, volveré a verle y planearemos lo que hemos de hacer para nuestro entrenamiento militar.

Nos estrechamos la mano y se despidió de mí, con la promesa de mi parte de entrenarle su gente cuando la tuviera, cuando recogiera el dinero para alimentarlos, vestirlos y alojarlos y cuando fuera posible comprar el barco para traerlos a Cuba.

CONSIDERACIONES SOBRE SU CHARLA

Aquello me pareció a mí un imposible. Miles de conversaciones similares había yo tenido con quiméricos idealistas que soñaban con guerrillas contra Franco, Somoza, Trujillo, Pérez Jiménez, Perón, Carias, Odria, Batista, Stroesner, Rojas Pinillas, y tantos más que han segregado pus a los países que los han soportado, pero todas esas conversaciones se diluían en el aire una vez dichas, como las volutas de humo de un cigarrillo, se diluyen en el espacio cuando se escapan de la prisión de la boca que les dan vida.

Eso fué allá por el mes de julio del año 1955. ¿Quién podía pensar que aquellos planes de ensueño de libertad podían tener realidad? ¿Quién podía adivinar que aquel muchachote extraordinario, meses después tocara de nuevo la puerta de mi casa y me explicara que ya tenía asegurada la comida para ochenta hombres, su vestuario, su equipo, su permanencia en México durante los meses del entrenamiento y que tenía la seguridad de que podría contar con el dinero para los barcos?

Pues, aunque parezca mentira, así sucedió. Fidel Castro llamó a las puertas de mi hogar para recordarme mi promesa, hecha meses antes, de que si venía con sus elementos, yo le ayudaría.

Conviene aclarar aquí el porqué de la visita de Fidel a mi hogar pidiéndome diera yo instrucción militar de la guerra de guerrillas a su gente.

Luché contra los moros en Africa durante once años sufriendo de ellos la guerra de guerrillas. Quedé enamorado de su eficiente método de lucha. En la Academia Mi-

litar de Toledo había estudiado ese modo de hacer la guerra como una asignatura más de la carrera.

Allí había aprendido que los españoles expulsaron a los moros de la Península después de una guerra guerrillera.

Allí también aprendí que los españoles, durante sus dos guerras carlistas, emplearon, como método de pelea, la guerra de guerrillas. Que cuando Napoleón Bonaparte invadió y dominó España, en el 1808, el pueblo español expulsó de su suelo a los franceses utilizando el sistema guerrillero.

Que Cuba ganó su libertad con el mismo método, así como que todas las colonias españolas en América habían ganado su independencia utilizando esa manera de combatir.

En Africa, cien veces nuestras unidades regulares pretendían, haciéndoles cercos a nuestros enemigos, coparlos. Cuando éstos se cerraban y nosotros nos veíamos las caras con nuestras propias tropas que se acercaban a nosotros y nos tocábamos, veíamos siempre con sorpresa que el enemigo se había diluído.

Eso, repetido una y mil veces me hizo comprender que, cuando cuenta con el apoyo del campesino del lugar, el hombre de la guerrilla es invencible.

Apoyado en esa idea por mí vivida, cuando la Guerra Civil Española asoló mi Patria, yo escribí un folleto, cuya tirada se recogió por el Gobierno a instancias del Estado Mayor Central, en el que decía que debíamos cambiar nuestro sistema de guerra regular por el de guerra irregular.

Todo el campesinado español estaba de nuestra parte. Nuestro Gobierno, torpemente no supo escuchar mis indicaciones, antes bien, me impuso un arresto de ocho días en mi casa.

Cuando cumplí el arresto que me aplicó el entonces Ministro de la Guerra, Indalecio Prieto, del que yo era su

ayudante, volví como el famoso profesor de Salamanca a iniciar mi campaña con el *decíamos ayer*.

Volví a editar el folleto recogido, y su segunda edición fué repartida y oídas mis sugerencias, pues precisamente por aquellos días el enemigo por su exceso de material nos pudo infligir una gran paliza.

MI PRIMERA GUERRILLA

Me autorizó el Gobierno a formar una guerrilla de prueba de cien hombres y cuando pudo constatar sus éxitos se me autorizó, en un oficio que aun conservo en mi archivo, a formar las unidades que quisiera y a sacar cuantos elementos creyera pertinente de los batallones regulares.

Desgraciadamente la guerra estaba finalizando ya, y no pudimos hacer patente y decisiva, la acción de las guerrillas.

Al llegar a México, di varias conferencias haciendo propaganda entre los españoles sobre mi tesis de que podíamos derrotar a Franco con guerra de guerrillas, pero mis indicaciones caían en el más completo escepticismo, pues, decían los cobardes inteligentes con tono doctoral: ¿cómo es posible que un puñado de idealistas puedan derrotar a un ejército repleto de cañones, material ligero de campaña, aviación militar y comunicaciones?

En vano, era el que yo les dijera que Sandino luchó contra el ejército norteamericano, mucho más fuerte que el español, durante siete años en Nicaragua; y que México ganó su independencia con guerrilleros, después de once años de lucha; que todas las colonias españolas en América obtuvieron su libertad de la Metrópoli por la guerra de guerrillas, pero el español ya castrado por el dolor, el dólar y el prolongado y cómodo exilio, no me hacía caso.

Pero los nicaragüenses me utilizaron en el año 1948 y me fuí a Costa Rica, abandonando mi trabajo en Guadalajara, en la Escuela Militar de Aviación, donde era profesor de Matemáticas, de Navegación Aérea y de Aerodi-

námica y donde ganaba un buen sueldo, pero mi tesis no pudo llevarse a cabo, pues la O.E.A. esa sentina política creada por la reacción americana para la defensa de los dictadores, nos disolvió, enviándonos a cada uno de nosotros los que habíamos ido allí a luchar contra Somoza, a nuestros puntos de origen.

Falló por lo tanto en el 1948, la tesis defendida por mí, mejor dicho no pudo ponerse en práctica, como tampoco pudimos ponerla en práctica el año 1949 en el que la O.E.A. defendió a Trujillo contra nuestra conspiración, ya que tan solo pudo ser atacado en Luperón.

Pero por todo ese historial y por mis libros "Tempestad en el Caribe" y "Mi desembarco en Mallorca" que Fidel me confesó había leído, nuestro gran héroe, estrella hoy, día de América y faro de los hombres libres del Mundo, fué a buscarme en México a mi casa de Avenida Country Club No. 67, acompañado del común amigo Saviur Cancio Peña que fué el que nos presentó, honor que me tiene lleno de orgullo, al ver que el mejor guerrillero del orbe, creyó en mí, me buscó, escuchó y utilizó.

Cuando Fidel fué a mi casa a solicitar mi colaboración yo era profesor de la Universidad Latino Americana, de francés y de inglés, profesor de la Escuela de Mecánicos Militares de Aviación, donde tenía una hora de clase en días alternos, y poseía una fábrica de muebles en la colonia Portales en la calle de Canarias No. 73. Mi tiempo estaba muy sobrecargado de obligaciones y preocupaciones y el saber que tenía además que atender a ese entrenamiento militar de aquellos idealistas con los que yo vibraba al unísono, me preocupó hondamente.

—Bueno, Fidel, le contesté. Dedicaré a tus muchachos tres horas diarias cuando acabe mis trabajos.

—No, General Bayo, no es eso. Queremos de usted el día entero. Es preciso que se desentienda de todos sus quehaceres; de todos absolutamente, y se dedique de lleno a nuestro entrenamiento. ¿Para qué quiere usted su fábrica de muebles, si dentro de muy poco ha de venir usted con

nosotros y hemos de vernos victoriosos en Cuba? ¿No vamos a abatir indefectiblemente al Dictador Batista? ¿A qué pues dar clases aquí, a qué pues dedicarse en ésta a hacer prosaicos muebles si dentro de muy poco, hemos de vernos en la isla dorada donde usted nació y donde yo nací, libres del Monstruo que la oprime?

¡Todo su tiempo para nosotros; todo su tiempo, pues además ha de salir usted fuera de México!

Me hablaba en tono autoritario, de dominio, de afirmación que no admitía réplica ni objeción.

Tiene Fidel, como todo el mundo sabe, una simpatía peculiar, unida a su elocuencia, a su prestancia física, a su educación y cultura, que hacía irrefutables sus órdenes. Mandaba. Dominaba. Me sugestionó, me atrajo, me subyugó.

Quedé borracho de entusiasmo cuando me contagió su seguridad de que íbamos a abatir al Monstruo, que íbamos a liberar a la Isla ensangrentada y mártir, que íbamos a prestar un gran servicio a la Humanidad.

No pensé que al abandonar todo dejaba a mi casa sin recursos y que mi esposa, como mujer, menos crédula que yo, iba a poner el grito en la estratosfera.

Me emborraché con su entusiasmo. Me comunicó su optimismo y allí mismo prometí a Fidel abandonar mis clases y vender mi negocio. Mi suerte quedó en aquel momento sellada.

Dentro de unos cortos meses me vería feliz y contento campeando por los montes cubanos compartiendo con mis discípulos la gloria de abatir al Tirano que los humillaba, que los encarcelaba, que los asesinaba, envilecía y martirizaba.

ME PREPARO PARA LA AVENTURA

Las clases las abandoné sin gran complicación. En la Escuela Militar de Mecánica de Aviación, pedí un permiso para asuntos particulares de tres meses; se me concedió, y en paz. Lo de la fábrica de muebles era ya asunto más complicado y serio.

Yo tenía un encargado de ella que era el verdadero armazón de la fábrica. Era el técnico, formidable vendedor y cobrador de cuentas difíciles.

A él me dirigí y le espeté lo siguiente: le vendo la fábrica.

—Usted bromea. ¿Cómo voy a comprársela?, si no puedo ni terminar el mes, pues no me alcanzan mis ingresos.

—Es que yo se la vendo fiada.

—¿Cómo fiada?

—Sí, fiada. Yo no me ocupo más de la fábrica, usted redobra su trabajo, ya que el negocio va a ser suyo.

Usted vende al precio que quiera, cobra y paga a su placer. La única condición es que me pague la fábrica abonándome mensualmente letras de 1,000 pesos.

—¿Sin fiador, pues no lo tengo?

—Sin fiador.

—¿Esto es una broma o una proposición seria?

—Una proposición verdadera.

—¿Y ello, por qué?

—Porque he de ausentarme de México y prefiero vendérsela a usted que no a otro.

—¿Y en cuánto me la vende?

—En menos de su costo, en 100,000 pesos.

—Yo doy la mitad.

—Pues no hay venta.

—Yo no puedo pagar más. Además impongo otra condición: que no comience a abonar letras más que en el quinto mes.

Todo lo acepté. A todo me conformé. Se hizo la venta en la forma que él quiso. Yo me quedé sin clases y sin fábrica. Acepté por ella lo que él ofreció, como quiso, y jamás me pagó..., pero yo ya me encontraba muy metido en la revolución.

En casa no volvió a entrar más dinero que el que aportaba mi esposa, formidable y sin igual profesora de sordomudos con cuyo esfuerzo, desde esas fechas duplicado, pudimos subsistir.

A mi esposa nada dije de mi decisión de meterme en la revolución cubana, pues si lo llego a decir se organiza en casa otra revolución más movida que en la que yo me enrolé.

La dije que me sentía enfermo y cansado y que el médico me había recomendado una larga permanencia en el monte, que iba de profesor de dos hijos de un rico hacendado; que los primeros meses daría las clases, durante el día entero en la capital y después me iría a una finca, fuera de ella; que iba a ganar 800 pesos por muy poco trabajo y que sería tratado espléndidamente bien. Me dijo que en mis clases ganaba más del doble entre la Universidad y la Escuela Militar. Respondí que el trabajo sería ahora menos de la mitad.

—¿Y la fábrica? me respondió.

—Se la he vendido al encargado.

—¿Estás loco? ¡Pero si no tiene un centavo!

Soporté su indignación, sus sólidos argumentos, su vehemencia de esposa no consultada en un asunto de tanta importancia como el de deshacerse de la fábrica que el mes que menos nos dió de beneficio eran 3,000 pesos.

Fidel me dió tres meses los 800 pesos mejicanos (es decir 64 dólares) para continuar la ficción. Al cabo de ese tiempo no percibí nada, pues mi esposa se enteró de la verdadera trama de la comedia y ya no fué necesario.

Para compensar esa falta de ingresos, mi compañera tuvo que duplicar sus cansinas clases.

Ella, que fué siempre gran luchadora, luchó con brío y tenacidad para alcanzar el pan para los dos, y entusiasta como yo de la causa de la Revolución Cubana, no salió jamás de sus labios ni una sola frase de condenación por mi actitud, ni se quejó nunca de sus esfuerzos duplicados.

Por cierto que para devolver al Movimiento 26 de Julio los 2,400 pesos mejicanos que me pasaron; por delicadeza política, que por otro lado no debía tener, pues a todos ellos se les pagaban todos sus gastos, ya que el que se ocupa de guerra no puede trabajar, hice después tres libros de versos revolucionarios, ensalzando nuestra lucha:

“Mis versos de rebeldía”

“Sangre en Cuba” y

“Fidel te espera en la Sierra”

Los di a vender a más de treinta compañeros exilados en México y Miami, no pidiendo ni a uno solo la liquidación de ellos, es decir, con mis versos, más de treinta cubanos enjugaron algo, las privaciones y las penas del exilio.

Los tres libros que pagué de mi bolsillo particular me costaron más del doble de la cantidad que percibí para poder engañar tres meses piadosamente a mi esposa durante el entrenamiento.

COMO EMPECE MIS CLASES

Pero como he de hablar alguna vez de como impartí mis conocimientos militares a los que Fidel tenía consigo, empezaremos dando detalles de la iniciación de mis clases a los guerrilleros.

Fidel tenía asombrosa e inteligentemente organizada la vida de los idealistas que se habían agrupado al lado de él para seguirle en su patriótica empresa. Tenía alquiladas cinco o seis casas en las que tenía en cada una de ellas de diez a doce compatriotas.

Los de una casa no trataban a los de las otras, pero si personalmente se conocían, ninguno de ellos podía decir donde vivía, ni tramar amistad con paisanos, ni salir solos, pues debían hacerlo de dos en dos, o en grupos de tres, fuera de las horas de clases o estudios.

No se podía beber un trago, ni echarse novias. Todos sabían para lo que iban, por qué estaban encerrados, y el porqué de aquella disciplina tan férrea que varios no pudieron resistir.

Yo era el único que conocía la existencia y ubicación de todas las casas, puesto que tenía que dar mis clases en todas ellas.

Por cierto que, cuando iba a iniciar mis trabajos, dije a Fidel que me presentó a mis alumnos:

Fidel, ¿debo dar mis clases con gafas ahumadas, boina hasta el cuello y nombre supuesto por temor a los chivatos?; a lo que él me contestó: “aquí, mi General, no hay chivatos.”

—Estás en un gravísimo error Fidel, en todas las organizaciones de esta índole hay chivatos. Yo, desde los 20 años, estoy metido en conspiraciones contra la reacción, y en todas las que estuve, en todas absolutamente, se filtraron los espías.

—Pues aquí falló su experiencia, General, aquí son todos hombres de mi confianza. Los conozco a todos desde niños y son todos caballerosos y patriotas. No quise discutir más. Me quité mi boina, me guardé mis gafas ahumadas y me presenté a todos con mi verdadero nombre.

Pero Fidel, hombre correcto y caballeroso, incapaz de hacer el mal, de concebirlo o de aceptarlo, creía equivocadamente que todo el mundo era como él, y erró. En aquella misma casa tuvimos un chivato que se sentaba todos los días junto a mí, y que era oficial del SIM de Batista.

Cuando supimos de aquél, todavía dije yo que entre nosotros había más chivatos, y con espanto y sorpresa de los demás, vimos el caso de Pino y de otros de los que no se tienen pruebas fehacientes.

Ahora Fidel con más experiencia que antes y habiendo pasado por su lado diez veces más chivatos de los que cruzaron por mi vida —y se han filtrado muchos— no diría lo mismo de sus amigos y conocidos, como me dijo a mí en aquella ocasión.

Iba yo de una casa a la otra figurando que era profesor de inglés. Como tal entraba en ellas, saludaba cortésmente al portero sin tratar de aceptar su charla, excusándome siempre en que mis minutos eran oro, subía al piso correspondiente en donde los muchachos invariablemente me esperaban formados, rígidamente formados, para ir haciendo disciplina y acto seguido sin pérdida de tiempo empezaban mis clases teóricas.

Se hablaba, en ellas, de la necesidad imperiosa de estar disciplinados, base y sostén del ejército, de respetar las jerarquías en el mando, de ser subordinados con el superior fuera quien fuera el que nos mandara, en la sucesión de

mandos, de no murmurar jamás de nuestros jefes, y que cuando alguna queja tuviéramos de alguno, por ser abusadores, groseros o injustos con nosotros, siempre diéramos cuenta de ello por escrito, pero que no derramáramos veneno contra él en los oídos de nuestros compañeros, sus subordinados. Se hablaba en mis conferencias de que jamás había que protestar por la comida, por la ropa, el trabajo o la paga (ninguno de ellos cobraba un solo centavo). Les hablaba de que la gesta que iban a emprender no era para hombres valientes, sino para gigantes heroicos. Les aseguré que en esa clase de guerra donde iban a luchar en la proporción espantosa de 1 contra mil, más del 90% iban a perder la vida, o caer prisioneros, pero eso sí, el 10% iban a recoger indefectiblemente la victoria.

Les añadí que los que quisieran podían retirarse de las clases al principio, pues era más doloroso y ridículo hacerlo al final, cuando ya se tuviera casi el pie en el estribo.

Ellos me repetían una y otra vez que ya sabían que iban a morir, pero que verían a su Cuba libre.

La mayoría de ellos, exilados en los Estados Unidos, llevando una vida dura, lejos de la patria a la que adoraban, no podían o no aceptaban el duro calvario del exilio prolongado estando tan cerquita de su Isla amada, cuyas brisas que hasta ellos llegaban, les portaban perfumados olores de la tierra cubana.

Todos ellos mostraban deseos bien ciertos y cien veces dichos, que preferían la muerte a su destierro triste y cansino y que la pequeña probabilidad como yo les decía, de poder ser de esos que formaban el 10% de los dichosos que iban a ver a su patria libre, era para ellos faro hipnótico, imán potente e irresistible que les llevaba imperiosamente hacia el combate.

MI ÉXITO PSICOLÓGICO

Mi único gran éxito, que sí reconozco tuvo mi aportación a la revolución cubana en mis clases en México, fué haberles hablado, como yo les hablaba, inflándoles de entusiasmo y perfilándoles de deseo incontenible en la pelea.

¡Oh la guerra!, les decía, ¡ni es tan fea como pensáis, ni es tan sucia como algún escritor trasnochado os la puede pintar!

La guerra es deporte de valientes donde el hombre pone en el tapete verde de la pelea, su vida contra la de miles de contrarios, y se goza de una inefable felicidad cuando uno ve avanzar a su gente buscando al enemigo que retrocede aplastado por nuestras fuerzas.

Claro está que esta guerra que defino es la guerra política cuando se lucha al lado del bando progresivo, del que pelea por los principios del Derecho, de la Democracia y del Progreso, no cuando se coge el fusil para defender a un dictador por la soldada.

De las dos guerras en las que tomé parte, la de Marruecos no ofrecía para mí la belleza de la Guerra Civil Española. En Marruecos luché para cumplir un acuerdo internacional tomado en Algeciras, de dominar África entre muchas naciones europeas, con el fin de hacer entrar por la fuerza al africano dentro de la civilización.

Allí luché once años, días tras día, contra el moro valiente y patriota que nos hacía una perfecta guerra de guerrillas. Allí me hirieron cuatro veces y no me mataron de milagro, pues mandando siempre compañías de le-

gionarios extranjeros y unidades moras, muchísimas veces me dejaba el enemigo sin ningún oficial, y muchas veces, casi hasta sin sargentos y cabos. Aquella lucha tan dura que no me permitió ver en el campo enemigo más que cuatro moros vivos en once años —aunque muertos abandonados por ellos, vi muchos centenares— sólo tenía para mí la belleza de la cacería humana, deporte de fieras que agradaba entonces a mi sensibilidad atrofiada de oficial de la monarquía española, pero la Guerra Civil Española, me proporcionó deleites espirituales, impresiones, paisajes, etc., que se hundieron en mis retinas al rodar de los tiempos.

Cuando el kaleidoscopio de mis recuerdos gira ante mi memoria cargada de bélicas estampas, parecen estas bendiciones a mi vida de batallador por mis ideas. Aquellas salidas que hacía yo en mi avión Breguet 19 sobre el casco de la población de Barcelona luchando contra las fuerzas militares fascistas sublevadas, encerradas y encastilladas en sus cuarteles rodeados por el pueblo sin armas.

Cuando llegaba al Aerodromo militar del Prat de Llobregat donde prestaba mis servicios como capitán más antiguo de él con mi avión de seda atamorado (en 1936 aquellos aviones tenían las alas de seda a las que se daban rigidez por tres capas de pintura especial) todo él lleno de hoyitos circulares, producidos por los impactos de las balas, llegaba feliz y contento por los combates que había sostenido, en los que me creía por mi estratosférico entusiasmo y moral guerrera, que los tiros que yo lanzaba hacían un daño atroz al enemigo y los que él tiraba eran de algodón en rama.

La guerra sentida al defender una causa justa se elevaba a nubes de sublimidad y de belleza.

“La guerra que vais a hacer —decía yo a mis alumnos guerrilleros— es una guerra apasionante, bonita, de una belleza inigualable, y os va a producir ratos de inefable goce espiritual.

“Vais a lanzar por la borda a un tirano, a un sucio tirano de los muchos militarotes que se encaraman en Amé-

rica en el cuello de su pueblo para domeñarlo, esclavizarlo, estafarlo, vilipendiarlo, avasallar y hundirlo en la miseria y en la vileza. La guerra que vamos a hacer nos va a elevar a pináculos de gloria. Nuestros hombres, vivos o muertos, van a escribir páginas brillantes en la Historia de Cuba, y hemos de ser felices en la pelea, y hemos de ser hermanos todos, y se han de borrar en las acciones de guerra todas las antipatías, todas las diferencias entre nosotros. Hemos de querernos más que si fuéramos todos hijos de un mismo padre. Nos guiará el mismo pensamiento, la misma estrella marcará nuestro rumbo, y en las fatigas y peligros de los combates sufriremos con las angustias de nuestros compañeros y gozaremos con las alegrías y satisfacciones de éstos.

Esta guerra será dulce, esta guerra será santa, será heroica, y ha de ser orgullo en América.”

La gente se entusiasmaba por momentos y yo veía en sus caras juveniles e idealistas, la moral por las nubes, el afán de pelea ya incontenible, y un desbocamiento sin freno posible para verse pronto en las sierras cubanas haciendo guerra de guerrillas.

Por aquellos días inspirado y contagiado por el entusiasmo de las clases teóricas dediqué mi primer verso a Fidel, el 22 de Marzo de 1956.

A FIDEL CASTRO

En vez del baile, el vicio y los placeres,
en lugar de las fáciles mujeres,
en vez del vino que en placer marea
tu juventud dedica a la Idea,
te llenas de patrióticos deberes
y con amigos forjas sanos seres
que sólo sueñan con viril pelea.

Ves que tu Patria se halla amordazada
por un tirano duro, esclavizada,
y con tu juventud fuerte y hermosa,
te empeñas en la senda peligrosa

de arrancar al traidor su sucia espada
Cabalgas en tu idea generosa
sin pensar que hallar puedes tu honda fosa
que te sepulte en sombras de la nada.

Eres un héroe de la Patria herida
a la que ofreces juventud y vida,
tus fibras sanas, puras, juveniles,
tus pensamientos por demás viriles,
y en la obra heroica que has de ver cumplida
laboras con el alma en gozo henchida
al ver que siguen tus pisadas miles
que esperan sólo la orden de partida.

La Patria ha de premiar tu heroico empeño.
Eres el prototipo del cubano
que no admite le pongan en la mano
cadena alguna de tirano o dueño
pues no sufre ni dueño ni tirano;
y ha de cristalizar tu dulce sueño
de vernos libres del traidor enano.
Toda Cuba te mira; el mundo entero
espera de tu empuje guerrillero
que el dictador te oponga lucha exigua,
y así habrá luz radiante en la manigua
y nuestra libertad será de acero.
Héroe fuiste en la lucha del Moncada
y aunque viste tu gesta fracasada
ante la fuerza vil del dictador,
sembraste en Cuba por tu gran valor
la semilla que vemos germinada
en este nacional, creciente ardor
por ver la tiranía arrinconada.

Fidel Castro, tu senda, tu figura,
será el faro potente que fulgura
aires de libertad en Cuba entera;
seguiremos contentos tu bandera
aunque ella fuera juvenil locura.
Los grandes locos van tras de la Gloria.
Los grandes locos siembran en la Historia

el fruto de las bellas, grandes gestas.
¡Dios te bendiga tus virtudes éstas
si nos libras del fango y de la escoria!

Este verso fué publicado en México en un libro que hice titulado, "Mis versos de Rebeldía" y lo escribí para levantar el ánimo de nuestros partidarios y simpatizantes que se veían privados de leer material favorable a la causa. Gran parte de la prensa mejicana, desgraciadamente, estaba del lado del Tirano y eran muy pocas pero honorables las voces a favor nuestro. La gran fuerza publicitaria, los grandes rotativos, los noticieros de radio y televisión apoyados por fuertes firmas, lanzaban, ataques tras ataques unos, por razones del dinero que recibían, otros, por los intereses económicos que los apoyaban, y juntos ambos, trataban de desorientar y esconder la verdad de lo que estaba pasando en Cuba. Se trataba de tapar las vilezas del régimen tiránico y desvirtuar la belleza y el valor de la lucha revolucionaria de todo un pueblo por su libertad.

Lástima que un país tan bello como México, tan generoso y valiente, el país de Lázaro Cárdenas, de Benito Juárez, Zapata, y Madero y tantos más conciudadanos tan progresivos, con una juventud tan viril y limpia como la mejicana, tenga un sector de la prensa tan corrompido, que vende su criterio y el prestigio del país al mejor postor sin importarle para nada las vilezas que pueda representar o a quien deba aplastar. Periodistas abyectos que deshonoran una profesión tan noble como los que alquilan su pluma a tanto la línea, los muy conocidos por esa razón: los Baroni, Denegri, Castro Farias, Guillermo Vela, etc.

Después de hacerle el verso a Fidel, hice este otro para los alumnos:

A MIS ALUMNOS EN MEXICO GUERRILLEROS DE LA LIBERTAD

Cuba tiene hijos que son más que héroes, que son tan valientes que en sus pocos años, piensan sólo en ella, en su Patria herida, y dan por su gloria, sus años febriles, pujantes y ardientes, y por verla libre, se juegan gustosos su espléndida vida.

Esos hombres bravos que tan sólo sueñan en vengar ultrajes a su Patria hermosa, a su bella Cuba, hoy amordazada, son los que hace años, luciendo en sus pechos ardientes corajes bordaron la gesta, sublime y hermosa, viril del Moncada.

Y hoy, erre que erre, en su heroico empeño siguen afanosos estudiando cómo derrocar de un golpe a tan vil tirano, y bajo mi mando hoy tengo a esos bravos, los que muy estudiosos se enteran de cómo luchar en el valle, el monte y el llano. Y tengo un orgullo para mí tan grande, para mí tan bello, de enseñar guerrillas a esos mis valientes de franca mirada que al oír en clases la experiencia en guerra de mi albo cabello me siento contento de instruir a esos chicos del Moncada.

Con esos valientes, audaces, temibles, osados, pujantes, sé que la victoria no es que sea probable, no es que sea factible, sino que es muy cierta, sus hechos viriles de empujes brillantes darán la victoria, fácil, clara, cierta, segura, infalible. Por eso me encuentro pleno de confianza, feliz y orgulloso al marchar contento a la dura lucha con ellos de espada pues sé que con ellos el éxito es fijo, ni hay nada dudoso pues son los soldados resueltos, sin dudas, héroes del Moncada.

La tarea más difícil de mi adoctrinamiento militar era convencer a aquellos muchachos, de que nosotros no íbamos a luchar cara a cara contra el enemigo, sino con ventaja, con cartas marcadas, con medios arteros, jesuiticos, sinuosos. Ibamos a practicar el "pega y corre", el "muerde y huye".

"No penséis un solo momento, añadía yo a los que me ponían cara de disconformidad o me replicaban que eso no era "fair play" como dicen los americanos o juego limpio como decimos nosotros, que eso es una vileza. Vileza es tener a un pueblo encadenado por millares de fusiles, ametralladoras, robándole, estafándole, martirizándole sin que el pueblo lo quiera o lo soporte.

Vileza es lo que hacen los dictadores de América, llenándola de miseria y de bajeza moral; vileza es su conducta de asesinos sin freno ni tope y eliminar a los viles con vileza, no puede ser vileza.

Al dictador hay que combatirlo con la guerra de guerrillas, es decir, con el pega y corre, porque no hay posibilidad de que un centenar de ciudadanos armados, aunque les permitieran armarse, reunirse, instruirse y parapetarse, pudiesen derrocar a un ejército de viles cara a cara, con peleas de guante blanco como luchaban los antiguos caballeros en los torneos medievales.

Al dictador hay que rendirle haciéndole peleas de desgaste, y cuando el soldado de la dictadura se da cuenta de que ha sido agredido, coge su fusil y se prepara a dirigir su puntería hacia el sitio donde él supone que le agreden, entonces desaparecer del lugar, para quedar fuera del alcance de las balas de los contrarios, y huir para atacar de nuevo a éstos cuando buenamente se pueda, pero siempre en la celada, en la emboscada, en la zancadilla, en la traición".

No les convencían del todo mis argumentos, y aún el mismo Fidel, me dijo un día:

—General Bayo, muy bien lo que usted les explica, pero yo quiero que les diga usted como se avanza ante el fuego enemigo, como se va hacia él por escalonamiento, y como se retrocede, como se guarda la retirada.

—Bien Fidel, les he de explicar todo eso, como cultura militar, pero les recomendaré, muy en serio, que no practiquen jamás esa táctica de guerra regular, pues si luchamos con ella, al mes de estar allí, estamos todos pudriendo tierra, y yo todavía quiero vivir.

—Es que nuestro movimiento ha de basarse en la Honradez, en la Verdad, en la Nitidez. A mí me repugna ganar una pelea con cobardías, golpes bajos, no dando la cara.

—Nada de eso se puede aplicar contra un monstruo que da a su pueblo golpes bajos, peleas sucias, echa el aparato militar de 50,000 hombres contra un estudiante opositor para detenerlo, encarcelarlo, martirizarlo y asesinarlo sin formación de causa. Nosotros si usamos la guerra de guerrillas en Cuba, vamos a ganar seguro, comple-

tamente seguro, no sé si en un año o en diez años, pero vamos a ganar. Si luchamos en guerra regular, es decir dando la cara, vamos a perder seguro, completamente seguro, no sé si en una semana o en tres semanas, pero vamos a perder”.

Se quedó Fidel pensativo y su cara demostró preocupación y disgusto, no contestando nada a mis palabras.

Los ochenta hombres que teníamos recibieron mi instrucción completa, oyeron mis clases y explicaciones y ya estaban totalmente identificados con mi técnica y mi táctica guerrera. Fidel que tenía múltiples trabajos y muy rara vez llevó a cabo nuestras prácticas e hizo nuestros ejercicios, se empapaba del curso de nuestro curso, por los comentarios que oía de labios de sus compañeros más que de mis propios labios.

ARGUMENTOS EN FAVOR DE LAS GUERRILLAS

En clase reforzaba a mis alumnos mi tesis de la guerra de guerrillas con varios argumentos.

Les decía, por ejemplo, “estamos en el campo, nos persiguen cien cojos y nosotros solamente somos tres amigos de piernas de gamo. Ellos tienen un armamento espléndido: bazookas, ametralladoras, fusiles ligeros de repetición, poseen buen armamento, pero poca movilidad. Si nos ponemos a combatir contra ellos cara a cara, nuestra derrota es segura, pero si luchamos en guerra de guerrillas y tenemos varios encuentros con los cojos, éstos jamás nos atraparán cuando querramos abandonar la pelea, pues tenemos más ligereza de piernas que ellos, pero si en cada escaramuza que tengamos les hacemos tres o cuatro bajas, y salimos después corriendo eléctricamente, no cabe duda que dentro de un mes habremos acabado con nuestros enemigos”.

Vemos pues en este ejemplo las grandes e innegables ventajas de la guerra irregular.

Pongamos otro ejemplo práctico: ahora vamos a luchar uno contra uno. Nuestro enemigo es un coloso extraordinario. Tiene el mismo bate de base-ball que nosotros que es el arma con la que vamos a combatir, a muerte. Nuestro contrincante es tan fuerte que un solo batazo suyo, un único roce de su bate, nos produce instantáneamente la muerte. En todo es más fuerte que nosotros, en brazos, en piernas, en resistencia, en agilidad. La única desventaja de nuestro enemigo es que el jurado le puso a él una venda en los ojos que le quita la vista, por lo tanto

hemos de combatir inteligentemente para no presentarle jamás combate de frente; procuraremos atacarle siempre por la espalda y en el ángulo donde su reacción de defensa sea más difícil para él. Haremos pacientemente una pelea de desgaste, un golpe tras otro golpe, pues el enemigo es todo músculo y nuestros trancazos le producen poco efecto. Un golpe en la espinilla y echar a correr. Iremos de puntillas junto a él y le atizaremos con el bate un golpe en el cráneo por detrás. Pero un solo golpe, pues cuando él coja su bate y se decida a dar mandoblazos a diestra y siniestra, nosotros debemos estar fuera del alcance de su mano, aunque corriera en la dirección que él suponía que estábamos.

Procediendo así, arteramente, sinuosamente, inteligentemente, debilitaremos a nuestro contrario, hasta que ya tan débil, un sólo golpe final lo lleve al arrastre, como a los toros.

Aquí tenéis otro ejemplo de la guerra irregular.

Vamos al tercer y último ejemplo de lo que yo aséguo, sostengo y debato.

Se acuerda internacionalmente que durante el régimen de Batista, haya un singular duelo a muerte entre el hombre físicamente más fuerte de los que tenga el tirano y uno de vosotros —decía yo a mis alumnos—.

Vuestro enemigo tiene inmejorables condiciones para la pelea: tiene vista perfecta, desarrollados bíceps, piernas de mulo, pecho de león, zarpa de fiera, agilidad felina y cuantas condiciones buenas se puedan exigir para un combate.

El Mundo ha acordado que si en la lucha gana el hombre de Batista, Cuba será esclava por una eternidad. Si vence el elegido de los opositores para la pelea, nuestra patria será libre, sin necesidad de guerra civil, atentados, etc.

Si esas condiciones se impusieran entre hombre y hombre, ¿verdad que os sentiríais desfallecidos? ¿Verdad que no veríais ni la más pequeña probabilidad de triunfo?

¡Ah! pero si el tribunal internacional os aclarara que en la pelea a muerte que iba el opositor a tener contra el batistiano valía todo: el golpe bajo, zancadillas, meterle los dedos en los ojos, pegarle un tiro en el ring, en la calle o donde se le encontrara, enviarle una bomba por correo, incendiar su casa, o que un amigo nuestro os ayude. Si todo vale, si todo está permitido, si lo que cuenta es el triunfo, es decir, eliminar al contrario con todas las ventajas, con todos los resortes, con todas las triquiñuelas, es decir, ¡que vale todo! ¿verdad que vuestra moral se elevaría estratosféricamente, que siendo vuestro afán de pelea mayor que el de vuestro enemigo, estaríais seguros que ibais a ganar?

Pues bien, ahí tenéis el tercer y último ejemplo que os pongo de las ventajas de la guerra guerrillera.

LLEVO EN MIS VENAS SANGRE MILITAR

Después para reforzar mis argumentos les hablaba de esta guisa:

Yo diré como el filósofo griego:

“Y sólo una cosa sé
y es que sé que no sé nada”

Yo soy un hombre que sabe poco o nada ¡ah! pero una sola cosa sí la sé a conciencia: ¡mi oficio! ¡mi carrera! ¡la carrera militar que todos la creen tan fácil siendo tan compleja!

Soy militar por sangre, por afición y porque mi vida se deslizó en la milicia.

Soy militar antimilitarista, pues creo que el poder civil ha de estar sobre el poder militar.

Soy militar porque me gusta la disciplina, porque sin ella no hay obra positiva posible y tan militar soy que creo en el servicio militar obligatorio pues todos los ciudadanos tienen la obligación de defender a su patria y todos quieren tener el honor de sacrificarse por ella pues ese honor no puede ser patrimonio de unos pocos.

El civil es el ciudadano por antonomasia —valga la sinécdoque—; el militar, su garantía. Uno es el martillo, la pluma, el bisturí, el trabajo; el otro es su guardián.

El civil paga al militar, para que vele por él, no para que lo avasalle y domine.

Uniforme con moral, orden y respeto al ciudadano, es amado por el pueblo; uniforme de opresor, de dictador, es sinónimo de desprecio, de asco.

El militar ha de ser servidor del pueblo, no tirano del mismo.

Por eso digo que soy militar civilista y militar antimilitarista tal como entienden actualmente la milicia los militares.

Mi abuelo fué militar, coronel de caballería.

Mi padre fué militar, coronel de artillería.

Mis cuatro hermanos fueron militares de carrera. Mis tres hermanos mayores, de infantería.

Mi hermano menor, Joaquín, capitán de ingenieros, murió en Madrid, durante la guerra civil española.

Mi hermano mayor, Celestino, fué la primera víctima de la aviación en España, el 27 de junio de 1912. Murió porque quiso virar a la izquierda en un biplano Maurice Farman, cosa que no podía efectuarse por el efecto giroscópico de la hélice.

Mi hermano Celestino es héroe nacional y tiene estatuas en varias poblaciones de España y una lápida en el patio central de la Academia de Infantería, es decir, en el Alcázar de Toledo.

Entré en la Academia de Infantería de Toledo (España) el año 1912 y salí segundo teniente el año 1915.

En mi familia hubo de todos los cuerpos y armas menos de Administración Militar que eran los ladrones, los que se repartían el producto de sus robos como pandillas organizadas, con sus tantos por ciento según categorías, como se demostró en el proceso llamado "El millón de Larache".

La moral de la familia no aceptó jamás presentarse a oposiciones a Avila, cuna de bandidos.

Nací casi en un cuartel. Los soldados y asistentes de mi padre, coronel de artillería de Camagüey (entonces llamado Puerto Príncipe, pensando siempre la caduca monarquía española en reyes y principitos) fueron mis primeros amigos, y los cuentos y chascarrillos militares fueron los que me produjeron mis primeras carcajadas.

A los 14 años mi padre me metió de soldado artillero en Las Palmas de Gran Canaria, de donde él era primer jefe militar, pues llegué de Estados Unidos y me negué a estudiar nada en España, ya que quería volver de nuevo a New Orleans (Luisiana) donde estudié siete años.

En la Guerra Civil Española tuve la oportunidad y suerte de ser nombrado por el Gobierno Español primer Jefe de la expedición de las Islas Baleares.

Yo mandaba tres mil hombres entre los de Tierra, Mar y Aire, y tuve la habilidad militar de haber efectuado cuatro desembarcos con éxito rotundo, mandando aquella columna que fué la única en España Republicana que jamás dió un paso atrás. Terreno que conquistábamos, terreno que reteníamos, y si abandonamos la Isla fué por orden del Gobierno que me conminó a hacerlo mandándome una orden, por intermedio de la Escuadra que fué a recogerlos.

Yo hice con perfecto éxito el desembarco y toma de la Isla de Formentera, venciendo en todas las acciones de guerra que empeñamos para ese objeto. Dos desembarcos en la Isla de Ibiza, que tomé después de furiosa lucha y en la que hice mucho uso de comandos guerrilleros que atacaron por la espalda a las fuerzas de la reacción. Desembarqué en Mallorca erizada toda la Isla con cañones de 15.5 y que me hicieron con su fuego intensísimo 422 bajas. En ese desembarco yo fuí el primer hombre que tocó tierra mallorquina y también fuí el último que la abandonó, cuando me obligaron hacerlo.

Todos los agregados militares de todas las naciones me preguntaron cien veces cómo fué posible el que retirara yo tres mil y pico de hombres en una sola noche, sin sufrir una sola baja y todos me reconocieron habilidad en la aplicación de mis principios militares y técnica de la guerra.

En la Isla de Mallorca utilicé con extraordinario éxito las unidades guerrilleras.

Esos éxitos militares míos se debieron indiscutiblemente a que conozco a fondo mi carrera, aunque al poner en práctica esos conocimientos la suerte me acompañó en todo momento.

La milicia la conozco a fondo, me gusta y me enamora. Pues bien, yo militar de carrera, militar profesional y de afición, os digo —me dirigía a mis alumnos— que en la guerra guerrillera está nuestro triunfo, y que para ganar hemos de ponerla en práctica sin dudas ni debilidades.

FASES DE LA GUERRA GUERRILLERA

La guerra guerrillera se divide en tres fases: primero en la montaña con el “pega y corre”, segundo en el llano con el “muerde y huye” también, pero ya con más elementos, y tercero el asalto a las grandes capitales, pues sin esa condición jamás obtendremos la victoria.

Claro está que la conjugación de las tres fases es mezcla que sólo ha de moverla el alto mando, en cuyo cubilete se juntan los varios factores que han de componer la receta, cuyos elementos son: armamento, moral de nuestra tropa, instrucción de la misma, moral del enemigo, número y fuerza de nuestra gente y del contrario, y cien imponderables más que el talento y la viveza del jefe ha de poner en juego.

Y con todas esas razones y ejemplos, aliñados diariamente con cien anécdotas de mis campañas guerrilleras en Africa, aquellos alumnos míos eran ya todos ellos guerrilleros en potencia.

“La guerra de guerrillas es practicable y segura en aquellos países donde el campesino ayude de manera decidida al elemento guerrillero pues si el campesinado no ayuda a los insurgentes, la guerrilla se deshace como un rico helado expuesto al sol.

“La guerra guerrillera se sostiene entre dos pilares vitalísimos: servicio de información e intendencia. Ojos y piernas.

Sin la información que le diga al guerrillero cuando “piensa moverse” el soldado, para atacarlo, la guerrilla está perdida. Sin el servicio de intendencia que le facilita alimentos abundantes y a su debido tiempo, la guerrilla está muerta. Por lo tanto os digo y aseguro que aquella ha

de poseer esos dos puntales, y como en Cuba los tenemos —pues el pueblo entero está contra el tirano— el triunfo es seguro en nuestra patria.

Yo no digo —continuaba— que los ochenta hombres que aquí estamos veamos la victoria, pues la guerra es muy dura y nos han de hacer muchos muertos y heridos. En esta clase de contiendas una baja humana no es una baja, pues cuando uno muere, siempre hay diez hombres voluntarios para tomar su fusil. La causa padece poco con ello, y algunas veces gana, pues hay ocasiones en que coge el fusil un hombre joven y con gran moral substituyendo al muerto con peores condiciones que él.

En esta clase de guerras, una baja es un fusil perdido, un fusil inutilizado, por lo tanto cada día la guerrilla que salga de aquí será más fuerte, más nutrida, más poderosa, pero irán desapareciendo las primeras caras, se renovarán las filas con rostros nuevos y apenas un diez por ciento podrá saborear las mieles de la victoria.

LA GUERRILLA SE HACE CON LA CABEZA

En la guerrilla no hay guapos, no hay valientes. La guerra de guerrillas se gana más con la cabeza que con el dedo. Inteligencia, astucia, cautela, viveza, mala intención, boca cerrada, combates por la noche con preferencia a los diurnos, pegar sobre seguro, no fiarse de nadie, preferir el mapa individual al informe del campesino, y sobre todo —y eso es lo principal— no aceptar los combates a los que os incite el enemigo. “Pega y corre”. Aprender esto de memoria: “Pega y corre”.

Y para hacer más amena la clase y fijar más la atención en lo que les recomendaba, les leía el siguiente soneto a propósito de lo que les decía:

EL CODIGO GUERRILLERO

¡Quieres ser un perfecto guerrillero?
Sé obediente sin fin, disciplinado,
jamás preguntes nada, sé callado,
muy noble y servicial, buen compañero.

Con el fusil, un tirador certero,
en las marchas muy largas, entrenado,
con todos los demás siempre taimado,
con los tuyos, perfecto caballero.

Vigilante en tu puesto noche y día
a los tiros irás con alegría
y has de portarte con viril valor.
De ese modo caerá la tiranía
que vas a combatir con bazarria
y labrarás el fin del Dictador.

Cuidarás no gastar tus municiones
en tiros no apuntados y nerviosos.
Tus ojos han de estar muy cautelosos
dominando las fuertes emociones.
No tendrás con tus jefes discusiones
pues serán tus hermanos cariñosos.
Cuidarás que tus actos sean honrosos
y buscarás constantes distinciones.

Atraerás al miedoso campesino
a tu causa que forja su destino
y es la causa del bien y del honor,
y siguiendo hasta el fin este camino
quitarás de su mando a ese cretino
y labrarás el fin del Dictador.

MI "TÁCTICA DEL GUERRILLERO" EN ACCIÓN

Yo tenía mi "Táctica del Guerrillero" escrita a máquina y por ella les explicaba cada día, amenizando mis clases con anécdotas, cada una de las 150 preguntas en que dividí mi libro, allí plasmado en cada pregunta decía el porqué aconsejaba aquello y las experiencias vividas que así me lo dictaban.

Aquí en La Habana, ya impresa la obra ha alcanzado hasta ahora seis ediciones, y la piden y leen los interesados en guerrillas, con avidez y atención.

También charlábamos algo sobre balística, sobre teoría del tiro. Les explicaba las tres propiedades que caracterizan el valor balístico de un arma: exactitud en el tiro, tensión de la trayectoria y la penetración o potencia de los proyectiles.

Les hablé sobre las "Tablas de Tiro" de un arma, esto es, sobre el conjunto de las cualidades balísticas: exactitud, tensión y penetración. De las leyes de dispersión, desvío medio, desvío probable, densidad de los impactos.

Definé lo que en tiro se llama rectángulo total. Les dije que el desvío medio de agrupamiento es la media aritmética de los desvíos del agrupamiento.

Punto medio. Desvío absoluto. Tensión de la trayectoria. Línea de tiro. Plano de tiro. Angulo de tiro. Origen de la trayectoria, y línea de situación, línea de proyección, ángulo de mira, alcance, velocidad inicial, velocidad remanente.

Correcciones a realizar en tiro contra aviones. Como apreciar la distancia a que se encuentra un avión por los detalles que se perciben en él: escarapelas, largueros, número de tripulantes, cara de los mismos, etc.

Potencia de los proyectiles, ángulos de los rebotes, poder vulnerable de la bala, apreciación de distancias, telémetros, sextante, teodolitos, taquímetros, eclímetros, planchetas y aliladas. Telémetros estereoscópicos, etc.

Claro está que algunos, sin base cultural, pasaban por esos conocimientos como el sol por el cristal, sin romperlo ni mancharlo, pero todos llevaron un barniz militar necesario para el futuro oficio que querían todos ellos escoger, es decir, ingresar en el ejército, y lo que es más importante, iban plétóricos de moral y de fe en el triunfo de su causa.

Hablaba sobre mapas explicándoles el medio de pasar de un plano de 1:300000 por ejemplo a otro de 1:10000.

Ellos todos hicieron ejercicios de levantar planos, de cambiar estos de una escala a otra, en sus dos modalidades, esto es, con un denominador mayor del que tenían delante de la vista, o con un denominador menor.

Les enseñé a interpolar datos en los planos que ellos llevaban en sus marchas, es decir, rellenar los blancos faltos de detalles que surgen al hacer de un mapa de una escala a 1:200.000 otro de 1:5000, por ejemplo.

En fortificación ligera de campaña les enseñé a hacer pozos de tirador y abrigo contra carros, para uno, dos y varios guerrilleros. Pozos de tirador para una ametralladora con tirador y dos sirvientes.

Estos pozos, simples, sin blindaje y con protección contra cascos de artillería y mortero.

Conjunto de pozos de tirador para proteger a una guerrilla de diez hombres.

Zanjas de comunicación. Zanjas de comunicación con puestos de centinela para tirador de pie y en posición de rodillas.

Trincheras antiaéreas a cielo abierto y cubiertas.

Cubiertas para trincheras a base de rollizos y tierra. Cubiertas con aspilleras. Asentamiento para mortero

ros pesados. Y por cultura militar les enseñé a dibujar y hacer asentamientos para cañones pesados de infantería con abrigos contra carros y nichos para municiones.

Nidos para ametralladoras. Nidos de sacos terreros. A base de rollizos y piedra.

Torres antiaéreas. Observatorio en árbol y en bosque. Observatorio de tablones.

Les expliqué el abrigo de tres a diez hombres a base de chapas arqueadas. Con cubierta de rollizos. Abrigos a media ladera, en pendientes.

Abrigo enterrado para pelotón con dos entradas, por si una quedaba cegada por disparo del enemigo.

Abrigos para puestos de socorros, cocinas de campaña, aparatos de luces, estaciones de radio, centralillas telefónicas.

Les enseñé a levantar campos de lazos de alambres de espino, setos alemanes, setos de flandes simples y reforzados, alambradas, caballos de frisa, obstáculos contra carros obstáculos de carriles, de erizos de acero, erizos de cemento, de troncos de árboles, hicieron y estudiaron trampas contra carros, trinchera contra carros en suelos arenosos.

Taludes de zanjas. Fajines.

Les enseñé los firmes de rollizos de una y dos capas.

El camuflaje, picardía de la guerra. Pantallas contra las vistas terrestres. Enmascaramiento contra las vistas aéreas.

Construcción de filtros de guerra para purificar el agua hallada, letrinas, cocinas y hogares.

Retretes de campaña, portátiles sobre foso, y finalmente les dí breves ideas sobre calefacción, ventilación y elaboración del carbón vegetal.

Todo ello a la ligera, en breves conferencias, pero de todo se trató y de todo se estudió.

Lo que los profesionales de la guerra aprendemos en años de estudio y práctica, yo tenía por fuerza de las circunstancias que hacérselo ver en pocos días.

Tocamos brevemente el estudio sobre pasos de ríos, construcciones de aerodromos y pistas sencillas de avión.

Para el pase de ríos vimos el puente flotante con tinajas, con neumáticos, haces de paja larga, rollizos de madera o pértigas, con toneles, con bidones vacíos y hasta aprendimos a hacer nudos como el corredizo, nudo corredizo doble en el centro y en un extremo, el de tres llaves y en fin cuantos nudos yo pude coleccionar y que no recuerdo ahora, estampados en los textos militares que se dan en todas las academias bélicas del mundo.

Estudiamos el sabotaje con mayor atención.

LA MOLOTOF ALMA DEL SABOTAJE

Todos aprendieron a hacer una molotov, a encenderla y a tirarla. Por cierto, voy a escribir un dato curiosísimo que entonces, para mí era inconcebible. Entre todos los alumnos revolucionarios que yo tenía no hubo ni uno sólo que me demostrara dominio sobre la bomba molotov.

Cuando yo encendí la primera bomba en clase, me la puse cerca de los ojos, ya encendida y les dije a todos: Ya sabéis que yo soy tuerto de guerra. Sólo tengo un ojo; pues bien, para que os convenzáis de que jamás explota aquí, me la coloco frente a los ojos para demostraros que no hay que tener miedo de que en ningún caso explote.

—¡No haga usted eso, General! —me decían todos.

—¡Pero si no puede explotar! —respondía yo.

—¡Pero por si acaso falla su experiencia! —decía alguno—; es muy triste quedarse ciego.

Y yo les demostraba después de tener la molotov cerca de mi vista con su mecha encendida más de una hora que esa bomba incendiaria jamás explota aunque esté poco llena de gasolina, a medio llenar o totalmente llena, tapada o sin tapar.

Todos ellos hicieron y tiraron varias molotov y hasta hicimos concursos de lanzamientos a ver quien la lanzaba más lejos y con más puntería.

Cada uno de ellos fué un experto tirador de bombas molotov.

Y cuando después de la victoria confronto y compruebo que todo cubano sabe lanzar una incendiaria, me siento

orgulloso al ver lo popular que es ahora ese lanzamiento en Cuba, lo que ha de hacer pensar desde luego al tirano que algún día quiera esclavizar a este pueblo, al Trujillo de turno, que pretenda extender sus reales por tierra de Cuba.

A más de la molotof todos aprendieron a hacer bombas químicas y a lanzarlas con dinamita. Todos, absolutamente todos por turno y lista, tiraron toda clase de bombas, y en ese renglón resultaban sobresalientes.

Dimos allí clases sobre obstrucciones y destrucciones y enseñamos a poner las bombas en las vías férreas para que hicieran más daño.

Roturas de madera, y puentes de madera con dinamita y por incendio. Colocación de cargas adosadas y colocación de las empotradas. Pilotes debajo del agua, puentes de hierro. Destrucción de obras de mampostería, casas, viaductos, etc.

Roturas de carriles, cambios y cruzamientos. Sabotaje en trenes estáticos y en movimiento.

Destrucción de túneles. Cargas empotradas. Carreteras, aeródromos, alambradas.

Estudiamos las obstrucciones contra vehículos, campos de estacones y de espárragos, rollos de alambre liso o espinoso, zanjas de taludes verticales, escarpados artificiales y talas.

Demolición de puentes de madera sin emplear explosivos o el fuego.

Minas. Explosión por simpatía con su fórmula $S = 0.9 \times K$ que todos conocían.

LA INSTRUCCION MILITAR EN CUARTOS

Hacíamos intensa instrucción en cuartos no muy holgados.

Recuerdo que era el momento en que me emocionaba más, pues veía a aquellos muchachos rígidos como estatuas, haciendo su instrucción con una seriedad, con un empeño, con una devoción, con una mística de guerra que cuando los veía comprendía que entre ellos habría el día de mañana muchos mártires, pero que aquel grupo tenía que vencer.

Sólo hacíamos “derecha, izquierda, oblicuo izquierda y oblicuo derecha, media vuelta, un paso al frente, alineaciones y saludos”.

La razón de hacer sólo esos movimientos y no más era que no teníamos espacio para hacer otra cosa.

Después venía lo que llamábamos *Dirección de mandos*, voz que aprendí en el Alcázar de Toledo.

En la Dirección de Mandos, todos tenían que mandar y los de voz poco enérgica allí la moldeaban chillando en forma de trallazo y haciendo aquella tajante, clara y rápida.

Todos practicaban las dos voces militares indispensables: la preventiva y la ejecutiva.

Les prediqué que debíamos preferir el combate de noche, porque los soldados de la dictadura luchan por la soldada o por temor a la fiscalización del oficial que los vigila y que tiene la pistola en la mano. Por esas razones nosotros deberíamos siempre luchar por la noche porque

el soldado por paga, cuando no le ven, se esconde. Si el oficial no puede controlarlo, se va a cualquier lado, pero no dispara tiros.

Hablamos también de los combates en bosques, de ataques a ciudades, del asalto a una posición, del contrasalto, de las retiradas escalonadas, del avance por escalones, del golpe de mano, de la emboscada, de la escaramuza, de los bombardeos de la aviación, de su ineficacia sobre guerrilleros, del modo como vigilar a los aviones, del estudio del efecto de sus bombas teniendo en cuenta la deriva del viento, modo de atacar el avión, flanqueos en las marchas, punta de vanguardia, retaguardia, aproximación nocturna de la guerrilla al enemigo, ataques nocturnos, celadas, trampas, engaños, camuflajes, defensa contra caballería, contra tanques, contra aviones.

EMPEZAMOS A BUSCAR EL RANCHO

Cuando creí que la instrucción en casas particulares estaba terminada, al decirle a Fidel el estado de los alumnos, me dijo éste que debía de buscar en los alrededores de México un rancho grande con capacidad suficiente para albergar en él a la totalidad de los alumnos, al mismo tiempo que debía tener montañas para poder hacer ejercicios de tiro.

Me dió un automóvil guiado por Ciro Redondo y la orden de encontrar un rancho para alquilarlo de dos a tres meses para que todos los muchachos de todas las casas a las que yo les había dado clases, recibieran ya juntos el entrenamiento militar correspondiente, para que después estuviéramos en perfectas condiciones de dar el brinco final hacia Cuba.

Ciro Redondo, muchacho delgado, simpático, soñador, con el que hice gran amistad entre el grupo por la razón de haber vivido mucho tiempo en mi casa como huésped, pues allí recibió una especie de cursillo intensivo, oyó cien veces de mis labios la siguiente frase: "En esta guerra, Ciro, más útil nos serás de superviviente, que de héroe."

Y eso se lo decía yo, porque cien veces me dijo que él sabía que lo que le predicaba sobre la guerra guerrillera era el fruto de mi experiencia, pero que él comprendía que su carácter le impedía adaptarse al *pega y huye* pues sentía tanto odio por la dictadura que en cuanto viera una tropa batistiana frente a él, no sería capaz de retroceder en el combate, pues allí tenía que estar hasta que lo mataran o él terminara con todos.

Combatía yo su tesis, repitiéndole frecuentemente la frase anteriormente citada, pero yo notaba en su cara que su odio a la dictadura era tan feroz, y él, era tan valiente como lo demostró en el ataque al cuartel Moncada de Santiago de Cuba el 26 de Julio de 1953, del cual fué uno de sus héroes, que yo presentía en mi interior que mi huésped Ciro, aquel chico tan bueno que vivía con nosotros como un hijo más, no llegaría a ver la victoria, como desgraciadamente así fué.

Ciro Redondo sucumbió heroicamente al frente de su tropa: no como guerrillero, no con el "pega y corre" sino como un caballero de la edad media, como un gladiador de espada, como aquellos oficiales franceses que se juramentaban al salir de la Escuela Militar de Saint Cyr, de entrar el primer día de combate con traje de gala, pompón y guantes blancos y uniforme llamativo, lo que producía en sus promociones el 80% de bajas entre los oficiales el primer día que entraban en fuego.

Pues con aquel héroe, con aquel chico bueno cuyo apellido después de la guerra es honra y bandera de cien entidades, unidades militares, escuelas, etc. que se llaman Ciro Redondo, recorrí impaciente y febrilmente todos los alrededores de la Capital de México, buscando lugar apropiado para meter mis ochenta alumnos.

Ya llevábamos varios días buscando sin resultado positivo, con la impaciencia de Fidel, que al ver nuestras dificultades iba aumentando la autorización del importe del alquiler del rancho, para ver si con los precios altos podríamos encontrar lo que deseábamos.

Por fin, en el pueblo del Chalco hallamos un rancho que ni pintado para lo que le queríamos.

Era muy grande, el mayor de los que habíamos visto hasta entonces.

Ciro Redondo y yo triunfamos en nuestro empeño, pues allí fué donde nos entrenamos.

Cuando meses después supe de su muerte le dediqué en su recuerdo la siguiente poesía:

A CIRO REDONDO

Ciro Redondo, tu muerte,
ha de quedar en la Historia.
Cuba sabe que su héroe,
guerrillero de alma hermosa,
murió en aras de su Patria
con gran valor y con honra.
Capitán de su guerrilla
que sus arrojos pregona,
fué inteligente, certero,
de alma noble y peleona,
y luchaba contra el crimen,
contra el robo y la deshonra,
pero eras en tus combates
de ofensiva peleadora.
No te gustaba en la guerra
el "pega y huye" que es tónica
de todo buen guerrillero
que cuida su vida propia,
y por ello, héroe, caíste
en tarde triste y traidora
contra cientos de enemigos
en batalla vengadora.
Eran muchos los contrarios
que tenía tu heroica tropa.
Las llamas de tanta caña
quemadas en noches tórridas
se elevaron hasta el cielo
ensalzando tu memoria.
Ciro Redondo, valiente
de historia bien prestigiosa:
¡los cubanos te admiramos
por tus acciones heroicas!

CARACTERISTICAS DEL RANCHO "LAS ROSAS"

Tenía el casco de la finca forma rectangular con dimensiones muy aproximadas a los 200 x 50 mts.

Tenía una valla de unos dos metros que circundaba y en los vértices de su rectángulo tenía cuatro torres almenadas cubiertas y con varias troneras para el tiro de los centinelas.

Parecía un castillo antiguo, y estaba así construido para defenderse la finca de las bandas de abigeos y cuatreros que frecuentemente la atacaban.

La finca tenía en propiedad una extensión de montes de 15 kms. de profundidad por 10 de anchura.

Las montañas lamían el casco que fué construido precisamente al pie de los montes.

Aquellas montañas eran áridas, jamás se encontró en ellas una sola gota de agua, y en aquellas fecha se utilizaba para caza menor, que por cierto tenía en abundancia, sobre todo conejos.

Todos esos datos y algunos más, recogí de los alrededores antes de preguntar precio de alquiler.

Fidel me había autorizado a dar 3000 pesos mejicanos mensuales (240 pesos cubanos) por alquiler del rancho, pero tenía que tener la habilidad de no rentarlo nada más que por dos o tres meses.

Antes de "entrar a matar aquel toro" que tanto me gustaba, decidí pedir más informe de aquel por sus vecindades.

Tomamos unos vasos de leche en una casa de campo vecina, y diciéndoles que queríamos alquilar un rancho muy grande por los alrededores, dimos pie a nuestros amigos

ocasionales a que nos hablaran del rancho "Las Rosas" que era el que nos interesaba y de su dueño.

Ese rancho —nos decían— lleva muchos años parado.

Su dueño el señor Rivera, es un rico propietario que lo quiere vender, pero que no lo alquila.

Pide por su rancho 300,000 pesos.

Lo ha anunciado repetidas veces y ha encontrado varios compradores que rechazó, pues querían pagarle el rancho a plazos y él solamente lo desea vender al contado.

Quiere salir de estas tierras —me decía el campesino que me informaba— pues es un poco loco y aventurero, son de esos chiflados que andan por el mundo queriendo arreglarlo y derrotando dictadores y componiendo injusticias, y se sonreía socarronamente como tildando de loco al vendedor de aquella finca.

Este señor —continuaba mi informador— tiene una vida pintoresca y aventurera.

Se enroló en las guerrillas de Pancho Villa cuando luchaba contra los americanos, y tuvo la mala suerte de caer prisionero con otros compañeros de éstos. Los gringos los llevaron al cementerio y allí en grupos fueron fusilados y abandonados sus cuerpos para que fueran enterrados por los mejicanos o despedazados por las auras.

Cuando los invasores se marcharon, Rivera que además de un tiro que le atravesó el pecho tenía el de gracia —que según Rivera no le hizo maldita la gracia— se incorporó como pudo, y aquel cadáver pidió auxilio en una casa de campo, donde lo atendieron, cuidaron y mimaron, y donde le devolvieron la vida y el odio a los americanos a los que fué desde entonces alérgico.

Con todos esos datos ya en el bolsillo, dije a Ciro Redondo que fuéramos a ver a Rivera, minutos después llegamos a su casona colonial de tipo severo y señorial en la misma Villa del Chalco no en el rancho "Las Rosas" que estaba unos kilómetros fuera del pueblo,

EL CONTRATO DE ARRENDAMIENTO

—Señor Rivera —le dije cuando me encontré frente a él—. Un negocio que nos interesa a ambas partes me obliga a presentarme ante Ud. para proponerle lo que aquí me trae.

Sé que quiere usted vender esa finca por 300,000 pesos, pues la ha anunciado ya varias veces.

Yo la he visto por fuera y me interesa. Quiero comprarla bajo ciertas condiciones:

1a.—Voy a traer a unos cincuenta hombres para que la trabajen, la pinten, la arreglen y la pongan en condiciones de venta, pues yo soy el representante de un coronel centroamericano que quiere invertir medio millón de pesos en México, y como no le interesa que aparezca su nombre en escritura, yo figuraré como comprador, aunque la finca será del coronel.

Y como no quiero perder mi tiempo, pues soy ya viejo, llevo más de veinte años trabajando con él y no tengo un centavo, quiero comprarle esta finca en 330,000 pesos y usted me entregará a mí 30,000 pesos, que serán mi comisión como agente de ventas.

2a.—Que deberá Ud. firmarme ahora mismo una carta diciéndome que en el caso de que el coronel, cuyo nombre yo le daré en su día, compre la finca, usted me abonará esos 30,000 pesos.

—No hace falta carta alguna, señor, —me decía—; yo soy un caballero y sé respetar mis compromisos.

—Pero si no hay carta, yo no trabajo la venta de su finca.

—Confíe usted en mí, que si me compra la finca yo le firmaré recibo de 330,000 pesos y Ud. me dará solamente el precio convenido.

Como no era cuestión de que rompieran el contrato por ese detalle, yo gentilmente me conformé a exponer mi "futura comisión" a su caballerosidad, y quedamos de acuerdo en esa cláusula.

3a.—Voy a traer aquí a unos cincuenta centroamericanos a trabajar la finca y no quisiera que se trataran con los nativos de este pueblo, es decir, con sus cabreros, pastores, trabajadores, etc., para evitar incidentes; además, no quiero vean a ninguna mujer de por aquí y así evitamos riñas, por lo que usted debe preparar las cosas para que estemos aislados. Todo eso, señor Rivera, conviene a ambas partes, pues su venta se asegura y mi comisión se afianza.

Y 4a. cláusula: Ud. puede comprender que 330,000 no se dan así como así.

Es necesario que al Coronel le guste mucho la finca, y para ello es preciso que yo esté en ella seis meses arreglándola, puliéndola, pintándola.

Después de este tiempo él vendrá y la comprará de seguro, pues él siempre compra lo que yo le propongo.

Llevo ya veinte años representándolo y él tiene una absoluta seguridad en mí.

—¿Y qué me paga usted a mí como renta durante esos seis meses?

—Será al revés, señor Rivera: ¿qué me paga usted a mí? Soy viejo, me voy a encerrar medio año en este rincón del mundo sin contacto exterior.

Voy a estar al frente de cincuenta o más vagos salvadoreños, porque, guárdeme usted el secreto, señor Rivera, pero son salvadoreños, gente maleante, electoreros agentes políticos del coronel, que quiere tenerlos aquí dándoles trabajo en lugar de verlos vagabundear por la capital dándole sablazos y viviendo a sus costillas, pues él los piensa utilizar políticamente en El Salvador.

Ahora bien, señor Rivera, esto lo tiene usted que guardar en secreto, pues si la prensa salvadoreña, enemiga de mi coronel, pone una línea sobre esto, su venta se pierde y a mí se me evapora mi comisión.

—Pero, señor Bayo —me dijo llamándome ya por mi apellido. —¿Cómo voy a tener mi rancho ocupado sin recibir dinero por ello?

Recordé entonces que Fidel me dijo que sólo lo necesitaba de dos a tres meses. Iba pues a decirle que me conformaba con la mitad del tiempo en lo del arreglo del rancho, pero resistí un poco más, y él aceptó mi tesis.

—Bueno, acepto, —me dijo—; pagarán ustedes un alquiler simbólico y firmaremos contrato, por si no me conviniera a mí seguir, que se vayan ustedes a la terminación del tiempo del arrendamiento.

Y, con un resoplido interior mío, firmamos allí mismo el contrato. Nosotros pagaríamos durante seis meses, 100 pesos mejicanos mensuales, es decir, ocho dólares.

Había ahorrado yo con mi viveza comercial y mis ardides de guerra, 2,900 pesos mensuales al movimiento.

Cuando el contrato estuvo en mi poder, le dije al señor Rivera: todos los días voy a meter hombres que vayan a buscar dónde puede haber agua en las montañas.

Si la encuentran, puede usted contar con la compra al instante.

—Muy bien, me contestó, yo trataré de ayudarles dándoles pistas donde la tierra tiene humedad.

LLEGA EL PRIMER CONVOY DE MAQUINAS

Dos días después de esa conversación, Ciro Redondo y yo condujimos el convoy de carros que traían los primeros hombres y nuestras pertenencias.

Desde ese momento yo me quedé ya en el rancho.

Tuvimos que improvisar todo, pues no había nada de nada.

Muchos descascarillados en las paredes y un millón de moscas feas e insistentes, más gordas que gatos.

Lo de las moscas se arregló pronto, pues yo ordené traer de la capital en el primer envío, diez matamoscas y el primer servicio que se implantó allí fue el "servicio de matamoscas", el cual consistía en que 10 guerrilleros se desplegaban en guerrilla sobre campo enemigo, con el compromiso interior y de compañero de no entregar el matamoscas a otro hasta que no hubiera hecho cincuenta bajas, por lo menos en el campo aéreo batistiano.

Raro era el compañero que no hacía un centenar de bajas en las filas de la asquerosa oposición cuando estaba de servicio.

Yo, por mi parte, que también fui un consumado cazador de moscas, confieso que solamente en los primeros días llené mi alma de atroces remordimientos de conciencia ante la fila interminable de cadáveres de mis enemigos que tumbaba mi asco, mi fina puntería y mi habilidad de cazador.

A los pocos días ya podíamos respirar tranquilos y comer sin meternos de vez en cuando una mosca en la boca al tratar de ingerir alimento.

Ayudaron a la rápida extinción del asqueroso bicho, la técnica inspirada en la sección de los lanzallamas que practicaban con entusiasmo y acierto.

Consistían esos lanzallamas en palos de escoba o ramas de árbol largas a los que se ataba en su punta periódicos viejos a los que se les prendía fuego. Los techos tenían tantas moscas que parecían pintados de negro, y cuando las llamas lamían con sus lenguas de fuego la superficie ondulante y viscosa del techo de la cocina o cuarto donde iban a atacar los lanzallamas, caían tantos bichos, era tan eficaz el sistema, que pronto veíamos el suelo pintado de negro y tenían que entrar en combate las escobas para evitarnos el asco de andar en un piso donde teníamos que pisar miles de moscas en cada paso que dabamos.

HORARIO DEL ENTRENAMIENTO

Cuando todos los alumnos estuvieron, nosotros organizamos un programa de clases, horario rígido, etc.

Me ayudaba grandemente en esa misión, el "Che" Guevara.

Nuestro primer horario tenía la diana a las cinco de la mañana, después venía la limpieza de los locales y el aseo personal.

Se dormía en el suelo, todos dormían en el suelo, excepto yo que tenía una cama vieja y mal intencionada con unos muelles locos y ofensivos, que cuando variaba de posición me clavaban en los costados las afiladas puntas de sus muelles, haciéndome muchas veces desistir de mi viraje.

Todo el mundo dormía en el suelo, incluso Fidel cuando allí llegaba, aacomplejándome y sintiéndome molesto cuando no aceptó jamás dormir en aquella cama y siempre en el duro piso de mosaico.

—La cama para usted mi general, contestaba Fidel cuando yo por su categoría de jefe le invitaba a ocuparla.

El horario que impusimos era muy rígido. No había un solo minuto para descanso y ese acierto militar (mi práctica de campamentos) cosechó una estancia de todos, sin discusiones entre mis alumnos, sin incidentes, sin broncas, sin peleas.

Convivieron todos los alumnos de la invasión a Cuba en el "Gramma" como hermanos queridos de una familia disciplinada. Se conocieron, se trataron en sus trabajos, se quisieron. Aquello fue un éxito psicológico, consecuencia del horario y de su reglamento.

En éste se ordenaba que todos los componentes del rancho guardaran una disciplina absoluta, que respetaran los mandos dados a los jefes de grupo, que pusieran gran empeño e interés en aprender cuanto se les explicara, y que en cada minuto del día tuvieran el pensamiento puesto en Cuba.

NUESTRO TRATO PATERNAL

En el mismo reglamento se especificaba que para el trato entre profesor y alumnos se establecía el tratamiento de éstos a mí de usted, y que yo en cambio, dada mi edad (65 años entonces) a todos trataría de tú.

Que mi tratamiento no significaba superioridad jerárquica militar o social, sino trato afectivo y cariñoso como de padre a hijos, pues a todos ellos los consideraba como hijos espirituales míos, ya que iba a formarles espiritual y militarmente para darles entrada con mi experiencia guerrillera en un mundo de lucha a tiros, en donde iban a encontrar la gloria o la muerte.

Yo puse el tope del tratamiento de usted entre el joven cubano y yo, porque educado militarmente en el Alcázar de Toledo con disciplina rígida, no comprendía yo ni comprendo ese confianzudo trato entre un jovenzuelo de veinte años y un hombre que lleva el pelo blanco al que el joven lo trata de tú el primer día que lo ve.

Como me asustaba ese panorama, yo puse el dique del tratamiento cortés y respetuoso del usted, significando en aquel reglamento que si a alguno le parecía mal, me devolviese el tú, y a esa señal convenida yo dejaría instantáneamente de dar ese tratamiento de tú al que así me avisaba.

Pero no hubo dificultad alguna con mis alumnos, a todos trataba y trato de tú, y ellos, yo ya más entrado en años, me ven como a un padre sentimental del destierro y me siguen tratando de usted, ambos tratamientos dichos con un cariño que para mí significan como una distinción o una medalla de honor.

Realmente confieso que mi educación y mis principios rechazan viscosamente el que quien en la familiaridad del trato llaman de tú a mis hijos y les llamen Bayo, al dirigirse a mí me midan con el mismo rasero.

Quizás sean quisquillas mías, ya viejo quisquilloso e impertinente, pero son hijos de mi carácter y como son históricas, aquí tengo que reportarlas.

Fidel, muy amigo de mis hijos, y todos los grandes jefes del nuevo ejército cubano, constituyen conmigo, hoy día, esa gran familia en la que me tratan con el cariño que pueden tratar a un padre.

Seguramente que la primera vez que Fidel Castro apadrinara a un niño sería en México con la hijita pequeña de mi hijo Alberto, hoy teniente de las Fuerzas Aéreas Revolucionarias.

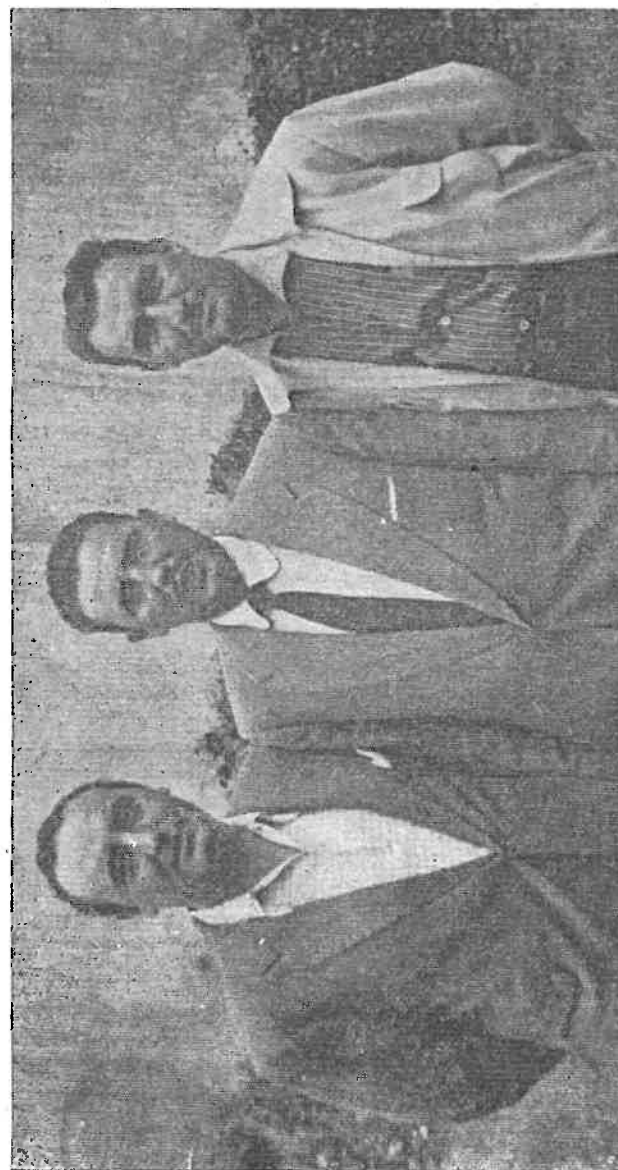
Aquí reproduzco la foto hasta ahora no conocida de Fidel Castro (el comunista según la prensa negra) y mi hijo menor Alberto en la Basílica de Guadalupe, en la Capital de México, apadrinando aquél los primeros pasos de mi nieta en el mundo.

Ahora después del triunfo creo que Fidel ha sido padrino de más de cinco mil infantes hasta tal punto numerosos, que creo que nuestro líder el día de mañana con todos los infantes que apadrinó en Cuba, puede tener una división militar con ellos, la que ha de ser puntal pujante en la organización del ejército de mañana.

Ana María, mi nieta apadrinada en México, merecerá por su antigüedad ser Comandante de la División.

Reproduzco aquí una fotografía de Fidel con Alberto y Armando, sacada en la cárcel mexicana de Miguel Schultz, en Junio de 1956, los tres buenos mozos, los tres de igual altura, que hacían decir a las muchachas jóvenes de la colonia de Churubusco que mi casa era la casa de los "mangos".

El automóvil nuevo último modelo del 56, Chevrolet, de mi hijo Alberto, estuvo al servicio de la Revolución más que de él. Mi hijo Alberto guardaba en su casa las municiones que se iban adquiriendo.



Alberto, hoy 1er. Teniente piloto de la F.A.R. y Jefe de la Fumigadora Nacional, Fidel y Armando, en el Servicio Diplomático.



Fidel, mi nuera, nieta y Alberto.



Universe, Fidel, mi nuera y su hija.

TRABAJO DE MI HIJO ARMANDO

Armando, viajero comercial en el continente, iba regando por todas las naciones de América las proclamas y programas de Fidel, en redacciones de muchos diarios centro y sudamericanos, discutió y combatió en pro del programa de nuestro líder revolucionario, en muchos locales dió conferencias, y Armando, aunque flemático, callado y pausado, es muy batallador, y más de una vez hubo de responder con trompazos los insultos que los retrógrados dirigían a nuestra causa.

La familia Bayo entera estaba bien metida en la causa y eso constituía mi satisfacción y mi orgullo.

Y volviendo de nuevo al tema del programa y el horario que teníamos en el rancho "Las Rosas" del Chalco, pueblo situado a unos pocos kilómetros de la capital, diré que continuábamos en teoría con las mismas clases que dábamos en México en la primera fase y además acoplamos en el horario los ejercicios al aire libre como fueron instrucción y marchas.

El armamento lo conocían todos perfectamente.

A más de saber rápidamente todas las partes de que se componían los armamentos, todos estaban prácticos en armar y desarmar el fusil y la ametralladora, con los ojos vendados.

El mejicanito Alfonso Guillén Zelaya que era el alumno más joven que yo tenía, me ayudaba en ese cometido y él llegó a tener tal velocidad en armar y desarmar un fusil a ciegas, que llegó a hacerlo en tiempo record.

Todos aprendieron a hacer partes y a dar los estadios de fuerza.

El doctor Ernesto Guavara, llamado por nosotros cariñosamente "Ché Guevara", era el que Fidel nombró jefe de personal en el campamento.

Desde luego, Guevara sobresalía sobre todos los demás por su gran cultura y su dedicación al estudio y a la observación.

Fué con quien más trato tuve porque ví en él un afán de preguntarlo todo, de apuntar cuanto yo decía, y además de pedir ampliaciones a lo que enseñaba y explicaba.

Había también otro punto de constante contacto con Guevara, y ese era el asunto de los diarios partes de guerra que él todas las noches, como jefe de personal daba a Fidel, partes que yo le ayudaba a hacer, pues por las noches le veía cansado de las marchas que yo le metía y que lo dejaban desencuadrado, y él, muy responsable, con un grandísimo afán de cumplir con el deber que tenía asignado, trataba de llevar a cabo al pie de la letra.

Además, Guevara y yo, éramos los dos únicos ajedrecistas de igual fuerza que estábamos en el campamento, y a la uz de un cabo de vela de llama oscilante, bailadora y juguetona, nos echábamos todas las noches grandes partidas de ajedrez a "cara de perro".

Aunque se indigne y eche los pies por alto diré —ahora que no nos oye— que yo era mejor que él y le ganaba más partidas que las que él me ganaba a mí.

Al terminar el curso, califiqué a Guevara como el número uno de la promoción. En todo tuvo la nota máxima: un diez.

Cuando Fidel vió mis calificaciones me preguntó: ¿por qué sale Guevara número uno?

—Porque es sin duda alguna, el mejor de todos.

—Así mismo opino yo, me dijo. Tengo de él el mismo concepto.

—Por las tardes —los días alternos que no le tocaba marchar— él las hacía conmigo vigilando el entrenamiento que yo me daba para poder ir a pelear,

Salíamos juntos y él tomaba el tiempo en que iniciábamos la salida, y cada día dábamos una vuelta de tuerca a mi entrenamiento para hacerlo progresivamente más difícil.

Durante aquellas horas que estábamos juntos cuando él no tenía marchas o servicio, hablábamos de todo, de política internacional, cubana, argentina o española.

No guardaba ninguna simpatía a Perón, el dictador que lo metió en la cárcel llamándole comunista y deduje en cien ocasiones que Guevara, como yo, no era comunista, ni lo había sido, y que como yo, pertenecía a la honorable clase de los hombres progresistas.

EL SECRETO DE NUESTRO EXITO

La columna vertebral de nuestro entrenamiento, es decir, las marchas nocturnas, era lo más importante dentro del plan de trabajo del campamento.

Cuando tuve a mis alumnos sentados en el suelo, —pues no poseíamos sillas a mi alrededor,— como una manada de polluelos, les hablé de las marchas:

“Las marchas nocturnas, compañeros, van a ser nuestro tema principal de entrenamiento.

“Si hacemos las marchas bien tenemos la vida asegurada, ustedes tendrán que entrenarse caminando con fusil y dotación de 250 tiros, a más de cantimplora llena, yo sólo lo haré sin nada, pues en la guerra no iré sin duda a pegar tiros, sino a encerrarme en algún bohío con cartas y mapas, llevando con el cerebro lo que los valientes hagan con sus brazos y piernas.

“Es preciso que hagáis marchas de guerra agotadoras; la marcha es nuestro seguro de vida; si andamos más que los soldados batistianos, jamás lograrán cogernos, pues nuestra misión primera es correr.

“Mañana empezaremos con jornadas nocturnas de cinco horas, después seguiremos con marchas de siete, de nueve, etc., hasta alcanzar el entrenamiento de guerra.”

Se inició pues, la primera etapa de cinco horas por la noche.

Yo les avisé que tenían que levantar mucho los pies como si fueran a montar en bicicleta, si no querían caerse y rodar por tierra por culpa de las piedras y las ramas caídas que atravesaban el camino.

Después de las marchas de cinco horas, hicieron las de siete.

Las marchas eran duras, pues en ellas no se podía hablar ni fumar.

Los descansos estaban regulados a diez minutos cada dos horas.

La gente empezaba a poner mala cara.

MI DIETA HEROICA

Como había captado ya que era muy gordo para ir a la guerra, me escamé de aquellos rumores y me impuse a mí mismo una dieta drástica para adelgazar.

Tenía empeño en perder peso y lo perdí, pues mi dieta era sólo agua.

No comí durante los 24 días que duró ésta, ni una sola miga de pan.

Aunque parezca increíble estuve esos 24 días sin comer y sin sentirme débil ni con dolores de cabeza.

Yo había estado otra vez en San Juan de Costa Rica en el año 1948, 28 días a agua sólo para ir a una guerrita contra Somoza, pero que la O.E.A., sociedad reaccionaria, creada para la defensa de los dictadores, impidió, disolviendo nuestra concentración y obligándonos a todos los no costarricenses a retornar a nuestros puntos de origen.

Así pues, en Chalco, yo estuve 24 días sin comer, mientras mis compañeros hacían sus marchas fenomenales.

Esto me trajo alguna complicación pues hubo alguno que me dijo, medio en broma, medio en serio, que yo ordenaba aquellas etapas de once, doce y trece horas, porque yo las hacía cómodamente en la cama.

Ya empezaba a otear mal humor entre mi gente ante las jornadas largas que se iniciaban de día a las seis, por ejemplo y terminaban también de día a las siete de la mañana.

JUICIO SUMARISIMO A CALIXTO MORALES

Un incidente gravísimo se produjo una noche.

En un ejercicio, Calixto Morales Hernández se plantó en una de las marchas, se puso a descansar y se negó a seguir, encendiendo un cigarrillo.

El escándalo que se armó fué mayúsculo.

El oficial responsable de la columna le obligó a seguir, pues no era tiempo de descanso y Calixto dijo que no le daba la gana.

Le dió orden entonces de bajar al campamento, todo el mundo se puso en movimiento y hasta el mismo Calixto aceptó gustoso aquella orden.

Llegaron todos con caras largas, derrotados, cansados, desencuadrados, llorando lágrimas de sudor.

Al llegar al campamento la columna, se dió parte telefónico a Fidel y éste llegó al rancho acompañado de Raúl, Héctor Aldama y Gustavo Arcos entre otros.

La tensión estaba al máximo.

Entre los alumnos había unos cuantos que apoyaban a Calixto, hablando de lo innecesario de los ejercicios largos.

Como yo no iba a ninguno, pues siempre me quedaba en cama por efecto de mi dieta que ya llegaba al día 22, hubo alguno que dijo que era lógico que yo mandase esas marchas de trece horas, pues yo cómodamente las ordenaba, pero no las hacía.

Un muchachote alto dijo al pasar junto a él cuando comentaba la duración de las caminatas: "Oye, tú, este gallego nos quiere liquidar a todos".

No había odio, censura ni mordacidad en aquel compañero, había tan solo el deseo de hacer un chiste, de hacer reír a los demás.

Fidel tomó declaración a Calixto y éste valientemente corroboró su opinión de que no creía necesarias aquellas marchas y que se negaba a cumplirlas.

Se le formó consejo de guerra sumárisimo, y en el mayor cuarto de la casa hicimos el juicio.

Ya poseíamos bancos, sillas y hasta una mesa, así es que en la presidencia nos sentamos Gustavo Arcos y yo, y en medio, Fidel.

Actuaron como fiscales, Raúl Castro y Héctor Aldama, aunque en realidad fue el primero de los dos el que acusó, pues Aldama solamente apoyó las palabras de Raúl.

El jurado popular lo componía la totalidad de los alumnos, esperando todos ellos la exposición de los hechos.

Habló primero Fidel y dijo que un miembro del campamento había cometido una gravísima falta de disciplina militar y que él no estaba dispuesto a consentir ni a pasar.

Que sin disciplina no había posibilidad de éxito y que era necesario e imprescindible que el castigo recayera sobre Calixto para que sirviera de ejemplaridad y escarmiento.

Que el movimiento se había manchado con la insubordinación estúpida de un chivato, de un agente saboteador que se había filtrado subrepticamente entre nosotros para torpedear nuestra organización y destruirla.

Que el 26 de Julio, con una historia limpia y sagrada, no podía consentir semejante canallada y que esperaba que la reacción del jurado popular allí presente daría al traidor su merecido castigo.

Sobre esa base y en ese tono, Fidel pronunció el primer discurso que yo le oí.

Fué elocuente, apasionado, convincente. Sudaba indignación por todos los poros de su piel y a gritos pedía a sus compañeros que atajaran aquella pus, pues iba a gangrenarnos a todos.

Después hablé a requerimiento de Fidel.

Mis palabras, obligadas por las circunstancias, fueron una defensa de Calixto.

Hablé así: si no se diera la circunstancia de que estábamos en tierra mejicana, yo a gritos pedía para este saboteador, pena de muerte.

Si este incidente hubiera surgido en Cuba no hubiera tenido este sujeto peor fiscal que yo, pues lo que él ha hecho, faltar a nuestro reglamento, pisotearlo, burlarse de él así, a la brava, es delito que se hubiera pagado con la vida, pero compañeros, yo veo en vuestros semblantes, yo veo en vuestros rostros contraídos por la ira, yo veo en vuestras retinas vomitando fuego, la pena que le pretendéis imponer a este gran saboteador de nuestro reglamento, de nuestra raíz primera en nuestra historia militar, y a eso he de responder que no hagáis disparates.

Verdad es que estamos en un rincón ignorado de México, que hasta ahora la policía no ha dado con nosotros por el absoluto hermetismo en que nos desenvolvemos y porque hasta ahora hemos tenido suerte, por lo tanto el fusilamiento de Calixto Morales no saldría del arco ondular de nuestro campamento y nadie sabría nada de la sentencia cumplida, pero suponed que nuestra salida se atrasa por cualquier imponderable fuera de nuestro alcance y que Calixto ha sido fusilado, y entonces su espesa al ver que no recibe noticias suyas, se impacienta y viene a México, se inquieta, pregunta a todos, va a la policía, la acucia para que encuentre a su esposo, la Dirección Federal de Seguridad inicia la busca y captura de nuestro saboteador, husmea por los cubanos, al ver que muchos de ellos han desaparecido, redoblan sus gestiones, nos encuentran y fatalmente descubren toda la verdad.

Entonces, compañeros, ¡adiós expedición! Entonces, ¡adiós libertad de nuestra Cuba adorada! Entonces, ¡adiós sueños amasados en miles de noches de esperanza y de dolor! entonces, ¡adiós deseos de vernos entrar triun-

fantes en La Habana, héroes de cien batallas cubiertos de flores, recibiendo la lluvia de besos de las habaneras agradecidas que los tirarían al aire al paso de nuestras fuerzas de vestimentas rotas, recosidas, sucias, enlodadas, con las barbas hirsutas y crecidas después de tantos meses de falta de pulcritud y aseo! Entonces, queridos compañeros en lugar de esa estampa feliz y seductora, otra sería la realidad que nos circundara: la policía mejicana hurgaría en este incidente, metería la mano en él hasta el codo desnudo, se enteraría de todo, lo sabría todo, lo desmenuzaría, analizaría, examinaría, exhaustivamente hasta el último detalle y cuando tuviera toda la trama de él hasta sus más mínimos fragmentos, después de sufrir un juicio sumarísimo, iríamos todos vestidos con pijamas numerados, a engrosar las filas de los concurrentes a las veladas que dan los presidiarios de las Islas Marías. Y entonces, ¡adiós revolución! y entonces, ¡adiós lo de derrocar a Batista!

En cuanto a lo que aquí se haga, rechazo toda intervención si se acuerda dar la pena de muerte a Calixto.

Luego se dejó hablar a Calixto.

Se dirigió a todos, sereno, muy sereno como si no fuera con él la cosa. Fumaba displicentemente un cigarillo y cuando el mefisque abanicaba hacia el suelo su ceniza, paraba unos segundos su conversación como dando más importancia a ésta que lo que allí se jugaba: su propia vida.

Su defensa fué breve y sin sentido.

Además había en él una insolencia y cinismo inconcebibles.

Fumaba despectivamente y parecía que lo que allí se decía no iba con él y que le importaba todo aquello un pito.

Su aire era de cínico, de mal educado, de indiferente.

—No creo haber hecho nada grave al negarme a hacer marchas bárbaras de trece horas por la noche.

Por lo demás, agradezco al general Bayo su intervención en mi favor, lo que ha hecho aumentar más en mí el cariño y el respeto que le tengo.

—No acepto cariños y respetos, —contesté rápido— de saboteadores de empresas como ésta tan sagrada en que estamos empeñados.

Usted es un saboteador inconsciente.

Le trataba de usted, única vez que así me dirigía a uno de mis alumnos, para recalcar de ese modo que lo rechazaba o expulsaba de la íntima comunidad de mis afectos, de aquella familia nueva que yo había creado bajo el crisol de mis ideales.

Raúl, el fiscal, saltó como un león enfurecido rompiendo el diálogo.

¡Qué desilusión he sentido esta tarde con las palabras del General Bayo! ¡Qué tremenda desilusión con lo que acabo de oír!

Es decir, que usted se pasa la vida hablando de disciplina militar, de respeto a las jerarquías, de la necesidad de la subordinación, de la moral, de la ética militar, de la dignidad del uniforme revolucionario, y cuando un saboteador de esa fuerza del ideal, cuando un mal soldado se cuela entre nosotros y nos quiere destrozar nuestra organización, nuestra disciplina, nuestra mística revolucionaria, cuando un merecedor de que se le diera en el campo un tiro en la nuca por ruín, por bajo por descastado, cuando en el ánimo de todos nosotros está la convicción de que el que mancha nuestro uniforme con su pestilente aliento moral, propio de sentinas, cuando cada uno de nosotros se indigna impaciente al ver que tardamos en darle dos tiros, usted general Bayo, usted, nuestro profesor de ética, de moral militar, le tira una toalla y pretende salvar la vida de este individuo.

¡No, y cien veces no! No podemos iniciar nuestra historia con una porquería, no podemos manchar nuestra historia enlodando nuestras manos con el pus que segrega ese indisciplinado, esa basura que se coló en nuestro movimiento no se sabe en que capa encubierto.

Triste deber el mío al tener que dirigirme como fiscal de este juicio a mis compañeros de lucha en este campamento en lugar de hacerlo con otro cualquier motivo. No es nada grato tener que acusar. Es más cómodo y agradable aplaudir y no castigar, pero como revolucionarios hemos de velar por nuestros principios, hemos de pulir las aristas toscas de esta piedra magistral e idealista que estamos labrando para bien de Cuba y de nuestros ideales.

Si yo hubiera tenido la oportunidad de venir a repartir distinciones entre los compañeros que más se distinguieron hubiera llegado más satisfecho, hubiera venido aquí con otras emociones distintas en mi alma de las que siento en la actualidad, pero vengo con el código en la mano, vengo con el castigo en alto, vengo a vosotros pidiendo que seáis implacables con el compañero que infringió nuestras leyes y nuestras normas de conducta.

Y mi dolor es mayor, pues el compañero Calixto Morales era una de nuestras esperanzas en la lucha. Maestro rural, por su educación, su preparación y su devoción al estudio, era una de las ilusiones de nuestra organización, era una gran alegría oírle de sus planes, de sus deseos, de sus metas revolucionarias.

Dejó familia y hogar para unirse a nuestra pelea. Cuando llegó a nosotros se le recibió con los brazos abiertos, fraternales y cariñosos, y al llegar, ¿qué hizo? ¿qué labor fué la suya? ¿se dedicó al apostolado de la disciplina? ¿se dedicó a levantar la moral de los compañeros, o si queréis otro verbo más apropiado, a incrementarla, a agigantarla?

No, y cien veces no. Se dedicó a murmurar contra el reglamento, a minar la base de nuestra organización, a quitarnos fuerzas, a debilitar nuestra disciplina.

¿No tenemos en ésta al General Bayo para que nos enseñe, nos ilustre y nos oriente en el modo de combatir al batistato?

¿No hemos estado todos conformes en que debemos asimilar sus enseñanzas y experiencias, para luchar mejor por nuestras ideas y salvaguardar nuestras vidas de los muchos peligros que nos acechan?

Si él nos dice que debemos entrenarnos en marchas de quince horas, las más de ellas por la noche, ¿por qué Calixto quiere enmendar su plana, propaga la inutilidad de esa orden y procura por todos los medios de hacer que los compañeros que me escuchan, desobedezcan lo mandado, y se rebelen ante nuestro reglamento de campamento?

Si el General Bayo dice que en la guerra es frecuente la marcha de quince horas huyendo del enemigo que nos acosa, o es preciso ir a esa velocidad para reunirnos con alguna unidad nuestra que a una hora determinada debe efectuar un ataque o llevar a cabo alguna conjunción de fuerzas, ¿por qué hacer propaganda que cuando eso llegue, todos podrán tener esa velocidad de marcha aunque no estén entrenados? ¿Por qué llevar la contraria a sus experiencias vividas, a las enseñanzas que aquí imparte?

La actitud de Calixto es incomprensible, y nos ha dejado a todos llenos de perplejidad y de inenarrable asombro. ¿Cómo ha sido posible eso? ¿Se ha vuelto loco nuestro compañero?

Su afán de descomponer nuestras fuerzas ha fracasado. Sois vosotros mismos los que pedís unánimemente castigo a este intento de subversión, al pretender que desobedeciéramos las órdenes y experiencias de nuestro profesor.

He de cumplir mi deber como fiscal, pese al sentimiento fraterno que siento por todos los nuestros. He de solicitar de vosotros que sin pensar en el mal que por incidencia nos pueda venir de rechazo, que seáis inflexibles con nuestro compañero, que apliquéis el código de vuestra conciencia ya que aún no tenemos escrito ni aprobado ningún código de guerra, y que echéis sobre él todo el peso de vuestro encono encendido, de vuestra desilusión nacida al calor de su conducta, de la indignación elevada entre nosotros por su intento de agredirnos en la sombra y de pretender infiltrar en nuestras filas la desorganización y la falta de disciplina.

No contesté nada, me quedé perplejo.

Fué para mí una revelación oír su discurso enjundioso, valiente, enérgico y tajante.

Cortaban sus palabras como hacha afilada y sus oraciones caían sobre nosotros como pesada masa.

No conocía a ese Raúl.

Yo conocía a un mozalbeta casi barbilampiño, pero ¡cómo creció ante mi vista, con su pieza oratoria! ¡qué carácter dejaba a la vista de todos! y cuando hablaba y dirigía su cuerpo hacia mí como pretendiendo salirse de su asiento, ¡qué fuerza daba a sus palabras!

Raúl creció ante mí como un gigante.

Yo digo al lector que tenemos en Raúl un coloso en la defensa de los principios revolucionarios por los que todos luchamos.

Si los locos asesinos algún día segaran la vida de nuestro ídolo, de nuestro Fidel, el hombre más grande que vió la luz en la América contemporánea, Fidel Castro Ruz, creyendo que sacrificándole se iba a apagar la luz de la Revolución, no saben, no tienen la más ínfima idea del hombre que iba a recoger la antorcha del suelo caído, pues Raúl es Fidel multiplicado por dos en lo que a energía se refiere, en lo que a inflexibilidad se refiere, en lo que a fibra se refiere.

Fidel es un poco más flexible, Raúl es acero templado, Fidel es más asequible, Raúl es una máquina de calcular, aprieta la palanca y lo que sale, sale.

Fidel es la meta alcanzada con talento, persuasión y personalidad, Raúl es el rayo que apunta el objetivo y lo alcanza sin cavilar, dudar, o fluctuar.

Frenen la mano los que piensan eliminar a Fidel, pidiendo más blandura en sus leyes revolucionarias.

Su substituto por derecho propio, Raúl, al que seguiremos ciegos los enamorados de esta Revolución, sería más implacable con ellos.

Después que Raúl lanzó el bazuka de su vibrante discurso, Fidel, Gustavo Arcos y yo nos encerramos en el comedor y allí deliberamos.

Mejor que deliberar podríamos decir, escuchamos la sentencia de Fidel, el que nos expuso su laudo que allí mismo se hizo Ley.

Volvimos a la sala y allí mismo Fidel dijo su sentencia.

La habitación se llenó de emoción y de silencio al querer adivinar tras las caras de Fidel y de nosotros dos, cuál era la sentencia recaída en el caso ventilado.

Fidel, de pie frente a su mesa, se expresó en los siguientes términos:

Hemos acordada por unanimidad, después de examinar detenidamente el pro y el contra de los casos en que pudiéramos resolver este asunto, el hacer que Calixto Morales Hernández, saboteador de nuestro Movimiento y compañero que se introdujo en nuestras filas para sabotearnos, sea separado del conjunto y llevado prisionero a una casa donde permanecerá encerrado hasta que hayamos dejado nosotros el territorio mejicano.

Mientras no hallemos la casa, el ex compañero Calixto tendrá día y noche una vigilancia con armas que será responsable de que el prisionero no se evada.

Calixto oyó en silencio y preocupado la sentencia.

No salió una sola palabra de sus labios y desde aquel minuto dos compañeros armados se hicieron cargo de él, quedando allí mismo sujeto a las nuevas condiciones que nuestro Tribunal le había impuesto.

EL ARREPENTIMIENTO DE CALIXTO

Al día siguiente él mismo se prestó voluntario para el corte de leña que los demás compañeros traían del monte.

El mismo se prestó voluntario a fregar todos los platos de la cocina y los cacharros de la misma y ponía tal empeño y tan respetuosa devoción a esos menesteres que movió a general simpatía.

Desde el momento en que fué condenado, aquel hombre apenas pronunció palabra y no hacía más que trabajar y tratar de ganarse la compasión de sus compañeros que no le impedían limpiar, barrer, poner la mesa, trapear, y estar todo el día en permanente actividad.

Como por el hecho de que sus guardianes tenían que perder su entrenamiento para custodiar a Calixto, éste suplicó y obtuvo permiso para ir a las marchas custodiado, cosa que se le permitió.

El más sufrido en las marchas, el más callado, el que más sudaba en silencio, el que más jadeaba pero caminaba, era Calixto que desde entonces efectuó las etapas de 14 y 15 horas diarias, que fueron las de tope máximo.

Al retornar al campamento todos traían leña para guisar la comida del conjunto, y desde aquella fecha Calixto trajo más leña que nadie, y trabajó con más devoción que el resto de sus compañeros.

Tanta simpatía despertó la prueba de su arrepentimiento, que el mismo Fidel ordenó que se le volviera a dejar marchar sin escolta, aunque eso sí, siempre vigilado por los dos guardias que le acompañaban, por si todo aquello era una estratagema para huir del campamento.

Una noche estaba yo sentado junto a unas piedras y Calixto me pidió permiso para hablar conmigo unas palabras.

Se lo concedí y yo inicié éstas de la siguiente manera:

—Mira, Calixto, a lo que te ha conducido tu falta de responsabilidad, tu falta de patriotismo, tu insubordinación y la inconsciencia de tus actos.

Estos días todos comentan que parece ser que tienes especial empeño en pedir perdón a tus compañeros con tu conducta ejemplar que sobresale de la del resto de tus camaradas.

En el camino de tu vida tienes una bifurcación bien clara y determinada: o te conviertes en enemigo del Movimiento 26 de Julio, o por la reacción que te ha producido el castigo recibido procedes de una manera positiva y serás el día de mañana uno de los mejores puntales de nuestra Revolución.

Tú verás que camino es el que te interesa seguir, si el de la vileza, la venganza, la porquería y el deshonor, o el camino de la gloria y el cariño de tus compañeros.

Tú eres un muchaco extremadamente inteligente, y espero que reacciones como debes reaccionar.

—Eso mismo General Bayo, es a lo que yo quería llegar con Ud.

Estoy verdaderamente arrepentido de lo que he hecho y no comprendo como he podido llegar a esos extremos cuando para mí, el único deseo de mi vida, es el de poder embarcarme con mis compañeros y jugarle la vida en el empeño de dominar al tirano.

Puede Ud. creer, y se lo digo de corazón, que la vida para mí no tiene un aliciente como para sentir miedo o desfallecimiento en la empresa que voy a seguir, y yo quisiera pedirle un gran favor y es que interceda Ud. por mí en que no se me castigue en no ir a luchar contra la dictadura, yo le pido que me deje ir a tierra cubana a luchar contra Batista, el hombre que envileció mi tierra, la torturó y la sojuzgó durante tantos años.

Que se me deje ir a Cuba y hasta si quieren que me fusilen en mi patria.

Si eso hicieran vería Ud. con qué tranquilidad muere un cubano, pero que no me abandonen en tierra de México porque yo estoy muy apenado y muy avergonzado por la falta que he cometido y quiero que se me dé una oportunidad para recuperar la confianza perdida entre mis compañeros.

EL PORQUE DE LA SERENIDAD DE CALIXTO

Ahora ya capto el por qué de la extraordinaria tranquilidad conque Calixto Morales, escuchaba las amenazas de muerte contra su persona porque él sabía que éstas nunca se podrían llevar a cabo.

Aquí en La Habana, Calixto Morales en la victoria, cuando era Gobernador de Las Villas, donde yo fui a darle un apretado abrazo, me dijo lo siguiente:

—Voy a aclararle a Ud. el por qué de lo que Ud. creyó que era insubordinación mía y lo que se me castigó en el consejo de guerra que se me hizo en Méjico como sabotaje o indisciplina grave.

Yo no podía con las marchas que Ud. nos señalaba, yo me rebelé contra ellas porque físicamente no me era factible cubrirlas.

Y bajándose los pantalones en la habitación particular donde estas palabras me decía, en el palacio del gobernador de la provincia, cuyo cargo ostentaba, me dijo:

—Fijese Ud. en este vendaje que cubre mi cadera.

Yo tengo una desviación ósea que me impide andar durante mucho tiempo, pues cuando me canso, los dolores que siento me impiden continuar la marcha.

Si yo hubiera dicho la verdad a mis compañeros de campamento, me hubieran eliminado de la expedición, cosa que me aterrorizaba y yo sabía que la pena de muerte no se podía aplicar y esa era la tranquilidad que a Uds. tanto les asombraba, porque si yo hubiera visto que Uds. estaban decididos a llevarla a la práctica, yo hubiera confesado este defecto físico mío y allí hubiera acabado todo, Uds. hubieran comprendido la negativa de mi marcha.

Pero yo confieso que ninguno de mis compañeros ha sufrido más que yo en las jornadas que hacíamos, a nadie le mordió el dolor como a mí me dolía cuando rampeaba las montañas mejicanas y aún las de la misma Sierra, pero con mi silencio yo gané el honor de luchar por mi Patria y ahora ya me encuentro feliz y orgulloso de nuevo después de ver abatido al monstruo que maculó mi Patria con el virus venenoso de sus infamias y latrocinios.

Más tarde vi a Calixto Morales en el Campamento Libertad. Perdió su cargo de gobernador por incompatibilidad con Urrutia, que lo consideraba un hombre de extrema izquierda.

VOLVAMOS AL CHALCO

Y volviendo de nuevo al Chalco, diremos que aquellos muchachos de un concepto tan alto del honor, de un desprendimiento de sus vidas como el que habéis visto en las palabras del heroico Calixto cuando yo les hablaba de la necesidad de llevar a cabo el contraespionaje, me miraban con ojos de espanto o mejor dicho, de asombro, como condenando las teorías de guerra que yo les explicaba en mis clases.

Los interpretaban como faltas a la moral.

El contraespionaje, les decía, es un arma de guerra tan importante como la que más.

Muchas veces vale más una buena organización de contraespionaje, que la adquisición de 500 ametralladoras.

Con un contraespionaje bien organizado se puede ganar fácilmente una guerra.

Cuando un ejército no tiene servicio de contraespionaje está llamando con sus nudillos a la derrota.

Yo os podría contar cientos de casos de contraespionaje para que viérais la importancia de esta arma de guerra.

El contraespía es aquel que de acuerdo con nosotros simula ser del enemigo y nos da información y ayuda, ofreciéndonos con ello la victoria.

El contraespía en este caso de nuestra guerra debe hacerse batistiano y hasta combatir contra nosotros por los servicios que esa actitud nos puede prestar.

Cuando mis alumnos oyeron de mí estas palabras, mostraron cierta repugnancia por lo que yo les predicaba, y más del 95 por ciento me confesaron que aunque les ordenaran por necesidades de guerra ser contraespías, jamás hubieran aceptado esos cometidos.

Recuerdo que muchas veces discutí con Collado, hoy oficial de la Marina de Guerra, la necesidad de practicar el contraespionaje, y él me decía: "Mire Ud. yo prefiero que me maten antes que ser contraespía".

"Yo se luchar cara a cara, yo se jugarme la vida con el enemigo en las peores condiciones que pueda yo estar, pero me parece indigno, me parece cobarde, inmoral y vergonzoso, que yo pueda ganar una batalla gritando: ¡Viva Batista!".

"Eso no cabe dentro de mis normas morales".

¿Qué dirá ahora el simpático Collado, el caballeroso Collado, al ver lo que los gloriosos William Morgan, Gutiérrez Menoyo, Fleitas, Carreras y demás compañeros honrosos y honrados han hecho ganando una guerra sólo con su inteligencia y su viveza?

Después del incidente del juicio contra Calixto Hernández Morales y los derivados de él, prosiguieron nuestras clases y nuestra vida en el horario de campamento que teníamos trazado.

PROSIGUEN LAS CLASES

Porque Fidel me lo indicó, al decirme que enseñara a nuestra gente a avanzar y retirarse por escalonamientos, les hablé, tan sólo por cultura militar, de estos sistemas de lucha, pero recomendándoles que únicamente pelearan en guerrillas, les hablé de la acción de un solo esfuerzo, de esfuerzos combinados, atacando por los flancos al enemigo combinados con acciones de tipo guerrillero, cuanto más lejos, mejor, maniobra de un ataque frontal, maniobra de retirada, de avance en escalonamiento, maniobra de dos guerrillas convergentes en un flanco del enemigo, por su retaguardia, maniobra por un intervalo, ataque en tenaza, cierre de un intervalo, corte de una columna por su retaguardia, ataque combinado a la impedimenta de una columna.

Charlé sobre maniobra en posición central, defensa de un saliente o una posición desbordada, frenazo de una maniobra de ala, evacuación de una posición alcanzada demasiado avanzada, explotación de un triunfo, persecución del enemigo después de un éxito con desmoronamiento de la moral contraria.

Y todo esto que el lector cree que es muy sencillo, tiene su "intrínquilis" nacido de la experiencia y de las estadísticas bélicas, pues hay que saber luchar con enemigo sin moral, con enemigo con ella y con enemigo con moral altísima y muy disciplinado, pues la carrera militar muchos creen que es muy fácil y es muy compleja, pero donde todo se sabe y todo está escrito para estudiarlo.

Vimos diferentes misiones del Estado Mayor, responsabilidades del jefe, atribuciones del segundo jefe, relaciones entre las distintas secciones, desgloses de información, desgloses de mandos.

Charlé sobre los distintos cometidos a llevar por los oficiales designados para ello de los servicios de ferrocarriles, automovilismo, transporte animal, transmisiones, recepciones de radios enemigos, circulación, servicio de Trabajo, Ingenieros, Caballería, Leña y Madera, Aguas, Sanidad, Veterinaria, Intendencia, Puentes, Alcantarillas y Caminos, Farmacia, Recuperación, Prisioneros, Alumbrado Eléctrico, Correos, Justicia Militar, Prensa.

Tratando del paso de los ríos les hablé del paso a viva fuerza, por sorpresa, en retirada, con tendidos de puentes, con apoyo de sogas, puentes de cuerda, vados y puntos básicos para el tendido de puentes.

Sobre las marchas de guerra comentamos de la velocidad normal de una marcha, de las jornadas de guerra, de los alargamientos, factores que los determinan y sistemas para acortarlos, distancias entre unidades, etapas según la pendiente, itinerario de marcha, cartas con perfiles, y modo de levantarlos.

Les hablé de la importancia de llevar correctamente el Diario de Operaciones de toda unidad.

En la paz los líos entre oficiales siempre vienen por los disgustos que invariablemente se siembran y se cosechan cuando se dan las recompensas.

Para evitar todo eso —les recomendaba— es preciso llevar al día el Diario de Operaciones que por lo general se ocupan de copiar con la mejor letra posible los oficiales o clases que estén heridos o enfermos, los que por ley inexorable de la vida siempre los tendrá la unidad.

El jefe de la unidad después de leer lo que el Diario dice lo firma dando su conformidad, lo que puede hacerlo cada quince días aproximadamente, pues es fácil corregir en ese lapso de tiempo errores si los tuviera el escrito, ya que la memoria de todos ayudaría con ese cometido.

Les decía que debía contener ese Diario los hechos de armas, fechas de los mismos, y los que sobresalen en los combates, para tenerlos en cuenta el día de mañana que es día de los empleos y las recompensas.

Explicamos con detalle y minuciosidad todo lo concerniente al Estado Mayor de una unidad, que tiene el mismo sistema de funcionamiento en un Cuerpo de Ejército que en una guerrilla.

Todo lo concerniente a las secciones de Información, Operaciones, Sabotaje (con sus diversas clasificaciones que en esta clase de guerra la convierten en sección principal) Reclutamiento, Instrucción, Armamento, Municionamiento, Intendencia, Sanidad, Comunicaciones, y Propaganda.

Les hablé de tantas cosas que de ponerlas aquí tendría que hacer varios tomos de temas áridos como son los temas de estudios militares.

Estas lecciones se puede decir que se daban en clases particulares a los que se interesaban por ellas, les gustaban y las digerían.

Había muchachos instruidos que ponían en ello gran atención, Ramiro Valdés, Universo Sánchez, Almeida, Ciro, Hirtzel, Elmusa, Jesús Montané, Calixto García, —con quien en mis entrenamientos de marcha hablábamos ardorosamente, pues interesado me preguntaba mucho— también Royo, Santana, Julito Díaz, Collado, Raúl, cuando iba, pues sus muchas responsabilidades no le permitían ser asiduo concurrente, y tantos y tantos otros que a mí se me acercaban durante el día, atacando invariablemente el asunto de la guerra, pues allí no se hablaba de otra cosa.

COMO SE DESLIZABAN LOS DIAS

Entre la diana, el baño diario que lo hacíamos echándonos encima, desnudos, un par de cubos de agua fría de un pozo que teníamos en la finca, —pues no me parecía muy estético a mi edad bañarme a la misma hora que ellos—, el aseo personal, las marchas que tomaban todo el día y parte de la noche, o toda la noche y parte del día, corte de leña en el monte y en astillas en la cocina, despliegue en guerrilla de todos contra las moscas, atención al comedor, trabajos en la cocina, servicios de guardias por el día y por la noche y los mil cometidos rutinarios que tenían que hacer, a más de dos horas de instrucción en orden cerrado y armar y desarmar un fusil, pocas horas quedaban para clases colectivas corrientes y éstas se daban durante todo el día en mi pequeño cuarto, con el profesor siempre en la cama, pues aquella larga dieta sólo a agua que yo me pegué de 24 días y los siguientes en los que estuve muy débil, me obligaban a estar echado sufriendo la presión de aquellos muelles rotos y desvencijados que batistiana y trujillescamente se clavaban en mis riñones.

Aquel cuarto era varias veces al día visitado por todos que entraban y salían constantemente en él.

Y bueno es hacer contar a todos que así trabajaba sin descanso el día entero.

Allí se hablaba de escaramuzas de guerra, de la pillaría de los moros contra las fuerzas españolas, y mis alumnos se interesaban vivamente cuando les charlaba de las palizas que nos daban los guerrilleros árabes.

Mucho se reían los muchachos cuando les decía que a nuestro cura militar —cada unidad militar tiene en España un sacerdote— que nos echaba bendiciones para

que matáramos a muchos moros herejes, cuando nos replegábamos a nuestros campamentos derrotados por los guerrilleros árabes, yo me encaraba con el cura militar de mi compañía y le decía este verso que le llenaba de indignación masiva:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron a palos
que Dios da el triunfo a los malos
cuando son más que los buenos.

Un día se comentaba de organización del Estado Mayor, otro de balística, otro de fortificación ligera de campaña, de Logística, de municionamiento, de armamento, de cruce de ríos, de los servicios de espionaje y contraespionaje, de hojas de servicios, de partes de guerra, de diligencias previas, de consejos de guerra, de guerrilleros contra caballería, contra tanques, de enlaces de unidades, flanqueos, puntas de vanguardia, retaguardia, organización de la intendencia, de pozos de tirador, fajinas, troneras, trincheras contra aviación, criptografía, y en fin, las cien materias que el lector ha leído en páginas anteriores, las que constituyen los tópicos que todo militar ha de saber.

Claro está que algunos nada podían asimilar por la falta de conocimientos básicos o una muy deficiente base cultural, pero en general el interés desmedido que todos ponían en saber, les hacía comprender cuanto les decía, y todos ellos al salir de Chalco poseían una base cultural de guerra que sin duda alguna como todos me confesaron les fué de vital importancia en la pelea.

Otra cosa que quiero hacer constar es que en "Las Rosas" jamás hubo la más pequeña riña entre los hermanos en el ideal y que nadie, ni en la más mínima ocasión bebió una sola gota de alcohol, ni metió en el rancho una mujer con el consiguiente relajo que trae esa costumbre cuartelera que se sigue en tantos sitios.

Allí sudábamos seriedad, responsabilidad, dedicación a la Patria y trabajo.

De aquellas noches magníficas de Chalco a la luz de la luna, cuando yo iba a acompañar al oficial de servicio, que vigilaba a los centinelas, tengo impresas en mi memoria escenas imborrables.

MIS CHARLAS CON JIMMY HIRTZEL

Una noche, acompañado de Jimmy Hirtzel, un muchachote grande, grueso, sencillo, de ojos azul claro, y alma aún más azul claro que sus ojos, tuve una conversación larga y tendida, que muchas veces, ahora ya muerto Hirtzel, por las noches martilla mi cerebro.

—¿Usted, por qué nos ayuda? me decía aquel muchachote guapo, digno de hacer de galán joven en cualquier película sensacional.

—Por mi odio a los dictadores, Jimmy. Sufrí mucho por culpa del tirano Franco. Yo tenía en Madrid un negocio de aviación civil, llamado "Aeródromo Bayo", que constaba de dos hangares grandes, cerca del aeródromo militar de Madrid, llamado Cuatro Vientos.

Allí tenía 18 aviones civiles y hacíamos acrobacia aérea en las ferias, alquilábamos aviones para viajes especiales, dábamos clases a los alumnos que pretendían hacerse aviadores, y en general, me dedicaba a todos los asuntos relacionados con aviación civil.

Todo eso lo perdí por no aceptar la dictadura.

Cuando llegó la República a España, el gobierno Republicano Español decretó la separación de la Iglesia y del Estado y por lo tanto los curas quedaban sin la paga que la monarquía les asignaba por no hacer nada más que decir una misa los domingos y enterarse de toda la chismografía del pueblo dicha en los confesionarios.

Pero fué tan noble y tan generoso el gobierno Republicano que para ambientarlos en la vida de trabajo y no hacerles sufrir su nueva situación de repente, les dió durante dos años el disfrute de media paga.

Pero los curas no perdonaron esa "infamia" de los gobernantes y entonces se pusieron en contacto con los jefes fanáticos que no obedecen más órdenes que las del Vaticano y empezaron a formar una sociedad secreta entre los oficiales de golpe de pecho que la monarquía les legó a montones, y esa sociedad que se tituló U.M.E. (Unión Militar Española) agrupó a los oficiales del Kieleison, excluyeron a los masones y finalmente con la ayuda de los extranjeros, moros, alemanes e italianos desembarcaron con fuerzas militarmente muy disciplinadas en nuestras playas y nos barrieron a cañonazos y hoy en día en la España negra, dictadura feroz y sentina del mundo, Franco está en el poder porque asesinó a 1.200.000 hombres, tiene a miles de ciudadanos entre cárceles por el sólo crimen de que hace 20 años no creyeron que él debía gobernar por la razón de sus cañonazos.

Cuando ganemos, Jimmy, porque hemos de ganar seguro, procura tú siempre desconfiar de los oficiales de golpe de pecho, pues ellos siempre estarán dispuestos a servir la causa de la reacción, y con la excusa de que ellos sirven al 26 pero sin comunistas, efectuarán traiciones, y se prestarán a hacer revoluciones.

—¿Y cuándo hayamos ganado en Cuba piensa hacer algo en España?

—Mi política es ganar el poder con guerrilleros y sabotaje, pero los españoles están castrados políticamente.

Mira Jimmy, como tú sabes que yo mis pensamientos los expongo a vosotros generalmente con versos, que es la forma como entran más fácilmente en la mente, te voy a leer esta poesía mía titulada:

ESPAÑA Y FRANCO

¿Queréis saber qué es España
y conocer su tirano?
Es un oficial traidor
que hizo a su país esclavo,
una sucursal de curas
de santurrones y santos,
de monjas, de confesores,
de gente del Vaticano.

En España, la influencia
no es de artistas, ni de sabios,
maestros, ni profesores
dedicados al trabajo,
la influencia es del banquero
aunque éste sea un pobre diablo,
analfabeto, o que ladre,
o animal que tenga rabo.
La influencia es para aquél
que lleve unos entorchados,
que el militar en su salsa
está en España robando.
Trozos de la patria grande
dada a los americanos,
que en pago a aquella deshonra
dió a Franco unos cuantos francos.
Para alcanzar el poder
su ejército ha masacrado
dos millones de patriotas
que fueron asesinados.
Medio pueblo está en la cárcel,
y el otro medio, exilado.
Todo el mundo condenó
a aquel gobierno de cacos,
amigo de Mussolini
y por Hitler fabricado,
pero luego, el Mister Dulles
le ofreció su espaldarazo,
con tal de que le vendiera
pedazos del suelo hispano,
y el Mundo hundió la cabeza
en la vergüenza y el fango
mandando allí embajadores,
dándole a Franco los labios,
pues todos tuvieron miedo
a los norteamericanos
menos México, que solo,
demostró honor en sus actos,
y ser México, "ser macho",
demostró tener vergüenza
y no bajar la cabeza
ante amenazas ni halagos.
Por eso México es grande

es progresivo y honrado,
y el Mundo ante su bandera
se inclina a gusto, admirado.
Y mientras eso aquí vemos
sabemos que el Vaticano
da a Franco sus bendiciones
y le lleva bajo palio
acompañado de obispos
y ministros consagrados.
Los podridos falangistas
hoy se le viran asqueados
más el pueblo que protesta
al punto es ametrallado
Los Moros de Cabo Jubi
la espalda vuelven al guarro
que siempre prefirió moros
para sus gustos privados.
Hay gran miseria en el pueblo,
los ricos y potentados
están a gusto en España,
pues sus negocios saneados
se defienden sin las huelgas
de obreros bien explotados.
Miseria, obispos, monjitas,
latifundistas avaros,
prestamistas, guardias duros
con el pueblo, bien pagados,
confesores, sacristanes,
generales putrefactos,
capitanes con fortuna,
jueces que venden su laudo,
comerciantes sin un freno,
pueblo con sólo un gazpacho,
la niñez sin sus escuelas,
las madres siempre llorando,
los padres dándole al cura
y al guardia civil, regalos,
los falangistas en juergas,
los militares, borrachos,
protección para el patrono,
abandonado el trabajo,
prostitutas por comer,
alcahuetas a destajo,

miseria, vicio, vergüenza,
y los mil americanos
que lucen por toda España
su uniforme de soldados,
haciendo hijos a miles
a una raza de capados.
¡Esa es la España que hizo
con su crimen, el vil Franco!

¡Pobre España! ¡A qué estado de desprecio la ha llevado la dictadura!

¡Ese es mi odio contra Franco, y movido por ese odio predicaré siempre la guerra guerrillera contra él!

Todos creen que estoy loco al propugnar porque los patriotas españoles se echen al monte a combatir a la Bestia, pero cuando nosotros ganemos, en nuestra pelea, ya verás tú como se animarán Santo Domingo, Nicaragua, Paraguay y España y entonces querrán los hispanos verse libres de las dictaduras que les oprimen, pero, eso, Jimmy, será después del triunfo, pues ahora estamos los dos y nuestros compañeros tildados como orates.

Y para reforzar en Jimmy el odio a la dictadura de Franco, el creador de la España Imperial que perdió Marruecos y quedó sin su sueño de expansión en América, comiéndose a Cuba, le leí las páginas 25 a la 29, de mi libro "Mi Desembarco en Mallorca", editado el año 1944 en México.

Esas páginas dicen así:

"El tal Lecea, viendo que teníamos más vida que los gatos, intentó ver si podía romper nuestra unidad sólida en el compacto bloque atrayéndome a su lado, y un día con una pueril excusa, al darle yo una novedad del servicio, me llevó a pasear a solas por un lejano rincón del aeródromo y dejando a un lado su habitual rudeza conmigo, me habló de sopetón de esta manera: "Mira Bayo, hace tiempo que yo tengo como un gran peso en la conciencia, que hoy quiero descargar en esta conversación.

"España está pasando por una crisis terrible de descontento, y tú y un grupo de oficiales inconscientes que te siguen, estáis ciegos ante esa catástrofe.

“Su suerte no me importa: allá ellos con su proceder y con el camino que quieran para su patria, pero tu porvenir sí me preocupa. Bayo, estás navegando en un lago de petróleo, que tan solo una cerilla vertida en él puede arrastrar tu vida sin remedio alguno ante la catástrofe, y yo me encuentro en la forzada obligación, por un deber de gratitud hacia tí, de prevenirte del mal que te rodea y del gravísimo peligro que estás corriendo”.

“España entera aúlla de indignación ante el gobierno actual bajo la presidencia del bandido Azafra, enemigo de nuestro ejército; una sublevación terrible está haciendo tiempo contenida, pero ha de estallar, muriendo sin duda alguna el oficial o jefe que se oponga a ella, pues la voluntad del pueblo español unida a la de todo su sano ejército, quiere exterminar de una vez a todos los socialistas, comunistas, republicanos, izquierdistas, masones y demás gentuza del desorden.

“Yo estoy unido a tí por un sagrado deber de gratitud.

“Tú te jugaste la vida por mí en un duelo con Gallarza, hoy tu jefe en ésta, y no quisiera que tú fueras arrastrado por la ola de venganza, el día que el movimiento estalle, sin haberte previamente avisado el mal que corres.

“Yo vengo a solicitar de tí que te unas al clamor general de España y el noventa por ciento de sus oficiales o por lo menos que el día de mañana, cuando el ejército entero pida el puesto de honor que le pertenece en la gobernación del estado, no seas tú uno de los pocos que se opongan a ello.

Medité un momento, sin saber que contestar ante aquella sorpresa, y dije después astutamente:

“¿Pero cuál es vuestro proyecto y cuál vuestro programa?

Me miró fijamente a los ojos, paró en seco su paseo, quedando frente uno al otro.

Su cabeza, que en el curso de la conversación llevaba baja, con los ojos clavados en el suelo del campo, se elevó,

sus pupilas se fijaron en las mías y con las manos cruzadas sobre el pecho, como en grave ademán napoleónico, me dijo serio y lentamente dando una gran teatralidad a sus palabras.

“España ahora moribunda, llena de heridas, quiere levantarse de su lecho y exige ancho camino, para su alto vuelo ideal que va a emprender.

“Todos sus hijos la han de ayudar en esta empresa, y estamos dispuestos a dar a una nuestras vidas por salvarla y hacerla grande e imperial.

“A España le ha llegado la hora de ser un gran imperio, y lo será.

“Para derrotar a toda esa partida de demócratas bandidos que han sembrado el luto y la miseria en nuestra patria sana y buena, tendremos la ayuda de Italia y Alemania.

“Con ese desinteresado apoyo, lograremos todo el material que queramos, y con él barreremos en 24 horas a este gobierno izquierdista.

“A Alemania e Italia les interesa tener una España grande, a costa del desmembramiento de Francia primero, y de Inglaterra después.

“Cuando tengamos, que lo tendremos —me dijo recalcando sus palabras y mirándose de nuevo con más fijeza a los ojos— un estado totalitario en nuestra patria, la vecina República Francesa, culpable de todas las disciplinas sociales que en el mundo han germinado, se verá rodeada por todas partes por regímenes de fuerza y de orden, que la humillarán, que la vencerán, que la harán cambiar su régimen y que la obligarán a pagar caro sus culpas, desmembrando su Imperio que será repartido entre las tres potencias y la nueva España iniciará con esos despojos franceses, la marcha triunfal hacia la formación de su gran Imperio.

“Ensancharemos nuestras posiciones en Africa. Nuestra bandera llegará costearo hasta nuestras colonias del

Trópico, y una vez la Patria fuerte y temida, extenderá primero su influencia por conquistar de nuevo sus antiguas posiciones: Cuba y Filipinas.

Algo debió notar en mi mirada o quizá en mi sonrisa, cuando me preguntó: “¿No te parece el proyecto realizable?”.

“Si he de serte sincero, Lecea, un nuevo orden en España, nuestras posesiones coloniales llegando hasta el trópico africano, Cuba y Filipinas en nuestro poder..., parece todo ello un bonito cuento de hadas, o las visiones de un cerebro enfermo, y como yo sé que tú eres inteligente y serio, y además conozco tu abstinencia en cuestión de licores, no acierto a comprender que significa todo esto que me estás contando, cuya coordinación y desenlace no llego a comprender.”.

Paró de nuevo, bruscamente, su tranquilo paso, me puso la mano derecha en el hombro y me dijo textualmente:

“Nada tengo que añadir a lo ya dicho, todo cuanto has oído lo verás pronto realizado.

“Yo te doy un sano consejo de amigo: cuando veas que el torrente se desborda, no pretendas pararlo con la mano. Si quieres respetar tu vida y la de los tuyos, échate por lo menos a un lado y deja que las aguas sigan su natural y enfurecido cauce.

“Y en todo caso, amigo Bayo, me tendrás a mí para echarte una mano a última hora. Espero de tu caballerosidad y honor que esta conversación la olvidarás ahora mismo. El no hacerlo, te costaría con seguridad absoluta la vida”.

—Puedes tener la certeza de que lo que me has confiado muere en mis oídos.

—Estamos entre caballeros, me dijo Lecea.

—Pero lo que sí he de confesarte, —le dije— que si ese momento llega en España, podéis tener la seguridad que en donde yo esté, habrá que imponer a tiros todo ese absurdo programa que me has contado, pues es mi deber

también como hombre fiel a su palabra de honor y leal a su patria mantener la legalidad republicana votada en las urnas por la nación que trabaja, que labora y que sufre en silencio.

Al final, ya al despedirse de mí, volvió de nuevo a amenazarme con graves males si aquellas palabras llegaban a oídos de terceras personas, prometiéndole yo de nuevo silencio a su invitación a sumarme a la revuelta.

Al día siguiente, considerando yo un deber patriótico poner en guardia a las autoridades republicanas de lo que me había sido comunicado, para ver si con ello lograba yo evitar una puñalada traidora en el costado de mi pobre Patria, me fuí al despacho del Consejero de de Gobernación de la Generalidad de Cataluña, señor España, (hoy en Colombia) y le conté en todos sus detalles la conversación narrada.

—“Muchas gracias, Bayo, me dijo España, ya tenemos algunas informaciones sobre este tema, todas coincidentes; pero tanto nuestro Gobierno, como el Central, cree que tenemos en nuestras manos los resortes de mando suficiente para hacer que aborte la intentona si es que llega a estallar.

“Pero como yo no estoy conforme con ese optimismo y esa decisión que acato, por ser acuerdo, pero que no me tranquiliza, he tomado ya mis medidas en los guardias de asalto, separando a varios oficiales y colocando a los de confianza en puestos de responsabilidad”.

Fallé deliberadamente a la palabra de honor exigida por aquel comandante, porque era gente que también deliberadamente pensaba salirse con la suya, pues todo oficial juró con gran solemnidad defender la Constitución republicana, la que me invitaban a pisotear.

Y aquel aviso hizo que yo al frente de la oficialidad leal, tomara mis medidas de precaución en nuestro aeródromo, para que no nos cogieran desprevenidos, dando por resultado que éste permaneciera fiel a la República.”

Jimmy leyó esas páginas con la ira que todo buen cubano debe sentir cuando le apunten el deseo del fundador de la fracasada España Imperial, de asimilarse de nuevo a Cuba.

Y cuando vaya usted a España ¡me llevará de ayudante!.

Claro que sí, Jimmy, ahora lo que falta para eso es que salgamos los dos vivos de esta guerra.

¡Murió mi simpático ayudante!

Jimmy murió, y cuando lo supe, le compuse el siguiente verso:

A JIMMY HIRTZEL

Era un marido modelo
y un padre como hay bien pocos
cuando un beso dió a sus hijos
¡dos niños que eran dos cromos!
el rostro de Jimmy Hirtzel
lo humedecieron sus ojos.
Llegó de Estados Unidos
dejando un trabajo sólido
por unirse con Fidel
en la lucha contra el robo,
la dictadura asesina,
la vergüenza y el oprobio.
La esposa le suplicaba:
“Tienes dos hijos hermosos,
no te incorpores, mi Jimmy
a ese luchar duro y hoso.
Me tienes a mí que sufro
y que acobardada, lloro,
y tienes a estos dos ángeles
que se apoyan en tí sólo.
¡Pero también tengo Patria!
dijo Hirtzel, llenos los ojos
de una lágrima velada
y con un acento heróico.
Fué a la lucha con fiereza,
con valentía y arrojo.

Cayó en el primer combate
con entereza y aplomo.
Gritó un ¡viva Cuba Libre!
y se dobló al suelo pronto.
Hoy la historia de la Patria
tiene a Hirtzel en letras de oro.
¡Jimmy, tu acción en la guerra
fué el proceder de un coloso
y tu parejita linda
reza por su padre heróico!
Yo, también, Jimmy en mis sueños
recuerdo tus claros ojos
y al recordar tu mirada
cual tus hijos, también lloro.

CHARLANDO CON CELSO MARAGOTO

Otro que charlaba largamente conmigo en las tibias noches de Chalco, cuando hacía servicio de cabo de puesto y vigilábamos los centinelas, era Celso Maragoto.

Tenía mucha amistad conmigo porque yo siempre le demostré mi predilección y admiración por ser él, manco, inválido de la Revolución por haberle estallado una bomba en la mano en anterior acción de guerra de sabotaje en La Habana.

Celso a quien tanto quería yo y a quien invitó mi hijo Alberto a vivir con él en su casa durante varios meses, cuando el campamento del Chalco fué disuelto, me visitó en casa con el traidor Bonachea, alumno mío del dicho campamento, que resultó chivato, y Celso me dijo que se separaba del conjunto con Bonachea porque él veía que nuestro entrenamiento era muy lento y él quería los tiros más rápidos.

Yo le critiqué su acción y le dije que había que hacer las cosas a su tiempo y además que Fidel saldría antes que él para Cuba, como así fué.

Cuando Celso vió que mis alumnos se fueron en el **Gramma** rumbo a Cuba y que él se quedaba, se fué a Miami para saltar a la Patria herida para hacer sabotaje, y la policía batistiana lo asesinó.

Cuando yo supe la noticia brotó de mi alma el siguiente verso publicado en "Fidel te espera en la Sierra".

A CELSO MARAGOTO

Cuando en Miami te abracé
delante de tanto amigo,
cuando marchabas a Cuba

audaz, valiente y altivo
a jugarte la existencia
estando comprometido
a organizar bien la lucha
en todo Pinar del Río,
ante todos yo lloré
cual puede llorar un niño.
Todos me vieron deshecho
en llanto amargo y lo digo,
no me da vergüenza alguna
el publicarlo y decirlo.
Lloraba porque sabía
que tú, Celso, no eras tipo
de los que tiran la piedra
y se esconden, muy tranquilos.
Tú, el manco que en plan de guerra
por despreciar el peligro
antes perdiste una mano,
tú no eras el individuo
apropiado para eso
por ser audaz y atrevido,
mas sin cuidar de tu vida
cual era lo prevenido.
Y en vez de luchar tapado
peleaste a brazo partido,
cara a cara contra muchos
policías enemigos.
Fuiste un héroe, un gran valiente,
un guerrillero temido,
mas no debiste luchar
de modo tan atrevido.
Nos privaste de tu ayuda,
de tu empuje decisivo
de tu talento y destreza
de tu ingenio grande y vivo.
Pero en fin, diste la vida
por librarnos de un castigo.
Te enfrentastes al tirano
al desenfreno y al vicio.
¡Descansa en paz, gran valiente,
Celso Maragoto amigo,
la Patria ha de enaltecer
algún día tu apellido!

LAS BATALLAS CON CHAUMONT

Con el que tenía yo todos los días mis grandes broncas era con Chaumont, alto, fuerte, gran tipo, de ojos claros, llenos de bondad. Gran educación.

Todos nos lavabamos los platos de nuestra comida, y Chaumont no podía ver el que yo me lavase los míos.

Se empeñaba en limpiar él mis cubiertos y mi plato y vaso metálicos y como yo me resistía, la batalla enconada era diaria y empeñosa.

“No lo tome usted a adulación y a guataquería, es que se me levantan ampollas de vergüenza cada vez que le veo a usted junto al chorro de la fuente aseando sus utensilios del comedor.

“¡Déjeme usted que se los lave!. Para mí hacerlo es un honor, para usted una molestia y un trabajo, al mezclarse en nuestro montón de gente con prisa, que le chapoteamos, mientras estamos junto a la fuente”.

Las batallas eran duras. Su acento suplicante y lleno de bondad.

Había cariño en sus palabras, que yo agradecía pero que no escuchaba.

Las peleas eran tesoneras, insistentes y diarias, pero yo las gané todas. ¡Yo allí lavé mis platos!

Pero Chaumont se metió en mi corazón desde entonces. También le guardo en la preferencia de mis amistades y afectos.

MIS CHARLAS CON UNIVERSO

Uno de los alumnos que más charlaba conmigo era Universo Sánchez.

Hasta tal extremo simpatizaban Alberto y él que Universo decía como prueba de fraternidad para con Alberto, que después de sus apellidos él también se llamaba Bayo.

Universo y Alberto iban siempre juntos, vivió Universo en casa de mi hijo en México en tiempos de exilados varios meses y la simpatía entre los dos alcanzó alturas que llegaban a la fraternidad.

Esa simpatía extendió su influencia a mí y yo quiero a Universo como hombre realmente de mi familia.

En verdad he de decir que lo quiero mucho más que a muchísimos de mis familiares.

Con Universo por las noches, fuera de las horas de trabajo hablábamos de todo.

El conocía mi vida entera, tormentosa y romántica y yo conocía y quería a todos los miembros de su familia y siempre demostré admiración por su padre, incansable luchador.

Mucho le gustaba a Universo saber de las incidencias de mi vida en la guerra civil española, en la legión extranjera en Africa, de mi duelo a muerte con el entonces capitán Eduardo Gallarza hoy general de Franco, por defender al entonces teniente Lecea hoy también general de Franco el que no tuvo valor para batirse a muerte a espada con tres filos y punta y que al correr del tiempo se convirtió en uno de los asesinos de la España negra.

Le contaba y le agradaba saber que yo era en este continente americano el único ser humano no soviético que

ha mandado una escuadrilla de aviación rusa durante la guerra civil española en la provincia de Extremadura en el pueblo de Cabeza del Buey, y le encantaba que le contara anécdotas de aquellos pilotos héroes, con un fanatismo y una mística políticos difícil de concebir.

No obstante eso, yo le repetía, no soy comunista, aunque los admiro y creo son un pueblo admirable.

Le encantó la siguiente anécdota que oyó con admiración altísima:

Me pusieron al frente de una escuadrilla de los famosos aparatos de caza rusos llamados Y 15 vulgarmente conocidos con el nombre de "chatos".

Eran los únicos aviones rusos que estaban en toda España y eran los únicos pilotos soviéticos que pisaban suelo hispano pues ellos venían a entregar ese material con el fin de compensar lo que Alemania e Italia vendían con profusión a Franco.

Cuando enseñaban a volar a nuestros pilotos, entregaban aquellos aviones a los aviadores que iban a tripularlos y ellos retornaban a Rusia.

Mientras estaban en España combatían heroica y voluntariamente y de aquellos vuelos voy a contar la siguiente anécdota:

Los pilotos que estaban bajo mis órdenes todos eran jóvenes de la misma edad, muchachos de 18 a 19 años.

Comíamos todos en una mesa y a mi lado tenía yo al intérprete que era un antiguo oficial del ejército del Zar que servía en nuestra aviación desde la revolución rusa.

Un día el intérprete vino a mí, acompañado de un piloto joven el que se me cuadró y saludó con una disciplina como no se podía mejorar en el mejor ejército del mundo.

—¿Qué desea? le pregunté al intérprete.

Dice que está arrestado por su capitán por tener una enfermedad vergonzosa y que por ello no lo dejan volar.

Que le ruega a usted le pida a su capitán que le permita luchar en el aire con los fascistas pues se muere de vergüenza al ver a sus compañeros luchando contra los fascistas y él encerrado en su cuarto curándose su enfermedad vergonzante.

—¿Y sólo por eso está arrestado? pregunté yo.

—Solamente por eso, me respondió el intérprete.

¡Pues vaya una tontería! pensé yo. Si aquí a los de enfermedades de esa índole no se les dejara luchar, no tendríamos defendiendo el frente ni dos docenas de valientes.

—Yo le pediré al capitán que lo deje volar, le dije al piloto.

Me volvió a echar un saludo muy rígido el aviador soviético, y yo me fui en busca de su capitán para pedirle el permiso que de mí se solicitaba.

—No, mi teniente coronel (yo entonces tenía ese grado) no podrá volar hasta que no se cure esa vergüenza que lleva encima, pues aquí no hemos venido a inocular microbios malignos a las españolas, aquí hemos venido a luchar por la libertad de España.

En nuestra patria esas enfermedades están ya extinguidas, no existen. Se fueron como se fué la viruela y otras enfermedades que dejaron con la ciencia, de ser azotes de la Humanidad.

Mientras no se cure estará sin volar.

Le dimos remedios para evitar ese mal que sufre, por lo tanto que soporte sus consecuencias.

A menos que usted no dé orden en contrario, me dijo conciliador.

—Capitán, lo que a mí me pasa es que no le doy importancia a ese asunto.

—Para nosotros es vitalísima.

No quise romper sus costumbres y acepté lo que el capitán sancionó.

Al día siguiente cuando dí la respuesta negativa al piloto, me dijo:

—Pues pídale permiso para que me deje chocar con un italiano, me suplicó.

Cuando oí aquel ruego pensé para mis adentros: también en Rusia hay gente farolera. ¡Mira que decir que le dejen chocar contra un italiano! ¡Si será cómico!

Cuando el capitán contestó a ese ruego “¡que no moleste más y se cure sus miserias”, el aviador al recoger de mis labios esa última negativa de su capitán, me saludó rígido y militar, dejando ver resbalar por sus mejillas dos gruesas lágrimas que me emocionaron a mi vez.

El aviador marchó al campo de aviación, se encerró en su cuarto, escribió una carta a su madre, se subió a su chato, se elevó a unos quinientos metros y se tiró de pico al suelo estrellándose.

Cuando recogimos sus restos del suelo, en sus bolsillos encontramos dos cartas emocionantes que el intérprete me dio a conocer.

La carta al capitán era para pedir perdón a todos los compañeros por la pérdida de un avión que les ocasionaba con su suicidio, pero, decía, “yo no podía soportar el dolor moral y la vergüenza de ver a mis compañeros jugando la vida por la libertad de España mientras él se dedicaba solamente a combatir contra los microbios.

Os ruego, y espero me concedereis ese favor y ocultareis mi suicidio, que digais a mi madre que he muerto luchando por la libertad de España”.

Por cierto, le decía yo a Universo que me escuchaba con inmensa atención, que por la noche me hizo pésimo efecto ver a todos cantando a la hora de la cena, por lo que escandalizado pregunté al intérprete:

¿Qué es lo que están cantando?

Y él me respondió: es un canto en recuerdo de la madre, como una ofrenda a ella que dice:

Cuando una pena ahoga tu vida
Una alegría la puede mitigar
Cuando una noche se hace oscura
La luz del día la puede alumbrar
Cuando una novia pierde a su novio
Con otro hombre se puede alegrar
Mas si una madre pierde a su hijo
Nada en el mundo la podrá consolar.

Después del canto romántico y sentimental todos guardaron momentos de recogimiento, y Universo, cuando mis anécdotas oía, parecía como si las viviera en toda su intensidad.

DESCUBRE LA POLICIA NUESTRO ESCONDITE

Pero como la suerte tiene veleidades femenina, el 21 de junio de 1956 es detenido en la colonia "Chapultepec-Morales", Fidel, con Ciro Redondo, Universo Sánchez, Ramiro Valdés, Cándido González, el mejicano Alfonso Guillén Zelaya y los otros vecinos de la calle Emparan.

Los muchachos que fueron encerrados en la prisión de Miguel Schultz en número de 24 fueron los siguientes:

Dr. Fidel Castro Ruz

Oscar Rodríguez (muerto gloriosamente después).

Celso Maragoto (asesinado en La Habana por los esbirros de Batista)

Universo Sánchez (Comandante)

Alberto Bayo, hijo, (piloto aviador de la FAR)

Jimmy Hitzel, (muerto gloriosamente)

María Antonia (funcionaria del Gobierno Revolucionario)

Jesús Valdés, más conocido por "Chuchú"

Ramiro Valdés (Comandante)

Ciro Redondo (caído gloriosamente frente al enemigo)

Dr. Ernesto Guevara, (Comandante)

Juan Almeida (Comandante, Jefe de la Aviación Revolucionaria)

Rolando Santana (policía revolucionario)

Cándido González (martirizado en la cárcel secreta del Pocito de la Policía mejicana, muerto gloriosamente en Cuba)

Calixto García, (Comandante, Jefe Militar de Santiago de Cuba)

Julito Díaz, (muerto heroicamente)

Ricardo Bonachea López (a) "Montufar", (preso en México por el asesinato de dos compatriotas en Guatemala, y confidente de Trujillo.

Chaumont, (cayó prisionero)
Reinaldo Benítez,
Luis Crespo,
Electo Pedrosa,
Aguedo Aguiar,
Eduardo Roig,

El Movimiento achacaba la culpa —sin pruebas— a Rafael del Pino, íntimo amigo de Fidel Castro y uno de los altos jefes del Movimiento, sospecha que ya hoy es una certeza, pues hemos visto todos cual ha sido la línea política de este chivato después del triunfo: ponerse al servicio de su amo, Batista, que era quien le pagaba, para dirigir un periódico en contra nuestra y finalmente caer prisionero en Cuba, cuando pretendía sacar criminales de guerra fuera de la isla, al ser tiroteado y apresado un avión que él tripulaba.

Al día siguiente de esta aprehensión la policía llega al rancho Las Rosas a efectuar la detención de todos los muchachos que estaban allí en entrenamiento.

Nosotros en unas horas tuvimos tiempo de desalojar todo lo comprometedor que teníamos allí.

Nos pasamos lo que nos quedaba del día 21, —el de la detención— llevándonos el armamento que teníamos allí, los libros que eran muchos, y cuantos enseres de cocina pudimos meter en varios automóviles.

Con sólo unas horas pudimos hacer la mudanza total del campamento, todo lo que cupo en vehículos fué reem-

barcado a México y lo que quedó allí, tablas, sillas, mesas algún auto averiado, etc. cayó en manos de la policía.

El 22, es decir, el día siguiente de aquél en que la policía detenía a los que pudo coger en el Chalco, por falta éstos de material para sacarlos de allí, pedí a mi hijo Alberto que me acompañara en su carro a rescatar del campo de tiro en donde practicaban como socios Fidel y sus compañeros, el abundante material que allí tenían donde habían fusiles con mirillas telescópicas.

Como ni mi hijo Alberto que iba en su carro, ni yo, sabíamos ir al campo de tiro, fui a buscar a "El Coreano", para que me acompañara.

Salimos corriendo para allá, pues era cuestión de minutos, ya que la policía sabía sin duda todas las pistas.

Nos presentamos en el Club, y yo pedí al conserje, que me conocía, que me diera todo el material que allí tenía Fidel pues nos íbamos de caza.

—¿Qué quiere usted que le traigamos faisán o conejo?

—Lo que usted me regale, se lo he de agradecer.

Le di la mano en señal de despedida y minutos después salíamos del club con el abundante material con miras telescópicas que tenía el Movimiento en aquél.

De allí fuimos a buscar a un cubano de los nuestros que no fuera sospechoso de la policía.

"El Coreano" me dijo que por allí estaba César Gómez, y a su casa nos dirigimos.

Yo dije a mi hijo Alberto que bajara de la máquina para que no supiera a quien entregaba yo los fusiles, no porque desconfiase de su discreción, eso de ningún modo, sino porque las cosas hay que hacerlas bien y la tabla revolucionaria marcaba eso.

Precisamente Alberto tiene en mí, fama de ser muy discreto y eso se lo enseñé yo.

REVOLUCIONARIA CONDUCTA DE ALBERTO

Cuando juntos estuvimos en Costa Rica en el conato de guerra entre las fuerzas de Somoza que quería invadir a la patria de Figueres, Alberto que era entonces piloto de línea aérea costarricense, salía a bombardear a las fuerzas invasoras y yo que dormía en el mismo cuarto del hotel con él, jamás supe cuando iba a una misión de guerra.

Cuando Fidel le dió en México 5000 pesos para comprar una caja de dinamita, pues a él se las ofrecían a precios abusivos y él no conocía bien el precio en el mercado y debo de añadir que su venta estaba prohibida, Alberto se fué con Ciro Redondo a unas canteras, allí se hizo amigo del jefe de almacén, le invitó a unas copas, él que no bebe y diciéndole con gran acento mejicano "mi cuate" y "mi compadre" y pidiéndole por favor que le vendiera una caja de dinamita para volar unas piedras que tenía en una finca en Toluca y cuyo permiso le era engorroso pedir oficialmente, su "cuate" le vendió la caja con mechas, fulminantes y todo por menos de 300 pesos, es decir por 24 dólares.

Como Fidel casi no llegaba a comprender como Alberto pudo conseguir la dinamita a la décima parte del precio a que se lo ofrecían a él los agentes dedicados a esa clase de ventas, alegando el mucho riesgo que corrían en esas manipulaciones, mi hijo fué desde entonces el único proveedor de dinamita del Chalco, conseguida ésta en la taberna "El Atolón" de la Ciudad Universitaria donde su "compadre y cuate" tenía montada su oficina frente a unos grandes "pulmones de tequila".

Pues bien, yo de todo eso me enteré después que Fidel llegó a la Sierra y entonces supe que la dinamita se

guardaba en casa y supe también que los tiros se guardaban en un tanque de agua previamente seco y limpio de los dos que tenía su casa.

Por cierto que a este hijo mío tan desprendido, democrático y progresivo, esposo de una cafetalera salvadoreña y ambos enemigos de la doctrina comunista, que se prestó voluntariamente como aviador en la segunda guerra mundial y que estuvo en los Estados Unidos siguiendo un curso militar de dos años como cadete del ejército mejicano, ahora se le niega por dos veces la entrada en los Estados Unidos, la nación que tiene los funcionarios más torpes e infantiles del Mundo.

Y ya que hablamos de ellos permitidme que os cuente lo que le pasó al escritor español Valle Inclán cuando pretendió entrar en la nación exportadores de dólares al extranjero a cambio de bases para atomizar al Mundo.

—¿Es Vd. anarquista? le preguntó el funcionario.

—No, señor no soy anarquista.

—¿Es Vd. comunista?

—No, señor, no soy comunista.

—¿Pretende Vd. asesinar al Presidente de los Estados Unidos?, siguió el funcionario.

—¡Caramba! ¿Y cómo me lo han adivinado? ¡Está visto que no se puede guardar un secreto aunque no se lo diga uno a nadie.

Jamás Alberto me decía nada de las gestiones que le daba Fidel que fueron muchas como yo tampoco le decía nada de las mías, no obstante saber esa condición suya le hice bajar de la máquina cuando fuimos a buscar a César Gómez pues no tenía utilidad revolucionaria que supiera a quien le entregaba yo el armamento.

Alberto se bajó de la máquina y "El Coreano" y yo nos fuimos a un cubano que no estuviera muy fichado por la policía escogiendo los dos para ello a César Gómez, y a su casa nos dirigimos.

Por suerte estaba en su domicilio, pues era muy temprano. Le conté lo que habíamos hecho y le dije que era preciso que se hiciera cargo del material que yo llevaba en la cajuela.

Que fuera por su máquina y trajera más maletas y que haríamos el traspaso del material en sitio convenido.

Todo salió bien. César Gómez, hoy subsecretario de Trabajo y persona activa, responsable y a quien quiero mucho, se hizo cargo de todo y mi misión quedó satisfactoriamente cumplida.

Por cierto que El Coreano que tan bien se portó en aquella ocasión, poco después el Movimiento lo envió a Santo Domingo a hacer labor de contraespionaje, y tan dulces y metálicas fueron las palabras que le dijo Trujillo que desde entonces está a su servicio, siendo uno de los grandes enemigos de nuestra Revolución.

Eso pasa mucho en los agentes que hacen contraespionaje y que no tienen moral.

ME BUSCA LA POLICIA

La noche del 22 estaba durmiendo en casa cuando a la una de la mañana llama la policía.

Venía una patrulla con mi nuera Carmen que acababa de acompañar a la cárcel a mi hijo Alberto, detenido en el cine cuando iba con ella.

Mi esposa sin abrir la puerta habló con la policía.

"Somos, señora, agentes de la Dirección Federal de Seguridad, y venimos a rogar a su esposo a que nos acompañe a las oficinas de la Federal, para que nos conteste a unas preguntas sobre "F. C.".

Yo contesté por mediación de mi señora que "tendría sumo placer en responder a las preguntas sobre F. C. a las ocho de la mañana, pero no a la una, que volvieran a las ocho y yo tendría gusto en ir con ellos, pero que a esa hora no lo esperaran".

Acompañaron muy finos a mi nuera a su casa que estaba a media cuadra de la mía y en el camino dijeron a ella que iba llorosa y compungida por la prisión de su esposo: ¡Ese señor es un águila. Ya nos lo avisaron en la Dirección!.

A las tres de la mañana, salí sigilosamente de mi hogar (después que mi esposa se convenció que nadie rondaba nuestro domicilio), saltando una valla de un solar que lindaba con mi casa.

Salía como un atracador de caminos, brincando vallas, a mi edad, y haciendo un esfuerzo físico que aún ahora no comprendo como pude llevar a cabo.

Con ese brinco salí a una calle perpendicular a la mía. Tomé esa precaución por si mi esposa no hubiera visto a alguien vigilando detrás de un árbol.

Salí sin llevarme nada. Ya me llevarían ropa donde fuera.

Tomé un tranvía y me pasé lo que restaba de la noche paseando para no hacerme sospechoso, e hice tiempo en un café. Por la mañana muy temprano llamé a la casa de una familia amiga. Allí estuve tres días, después cambié para otra, después para otra, y así hasta quince casas diferentes.

Todos esos cambios de un lugar a otro los hacía acompañado siempre o en la mayor parte de las veces por el coronel español Souza que me llevaba en su coche y en cuya casa viví varios días como en mi propio hogar atendido por él y su esposa Matty a los que quiero fraternalmente.

Mi hijo Armando asistido por sus amigos Montilla y Rafael López me ayudaba en cada una de estas mudanzas y él era el encargado del "servicio de transporte".

Y ya que me toca hablar de Armando diré que cayendo Fidel y su grupo de 23 hombres presos por la Dirección Federal de Seguridad, mi hijo mayor, que hasta ese momento había permanecido discretamente al margen, tan solo discutiendo en las redacciones de diarios centroamericanos, de los ideales del Movimiento, se lanzó con energía y completamente solo a tratar de informar a la prensa de México, de lo que significaba aquel atropello hacia unas de las figuras más puras de América, más luchadoras y más valientes del continente.

Armando, mi hijo mayor, tiene una personalidad bastante peculiar: es un hombre sumamente discreto, un poco ensimismado, poco amigo de proclamar sus acciones positivas, jamás presumió de ninguna de sus ayudas a la Revolución, enterándome con frecuencia por interposición de personas que me venían a decir: "¡qué bárbaro!", ayer ví a Armando, en la redacción de Excelsior discutiendo con varios redactores del mismo, defendiendo a Fidel y los suyos, empleando una argumentación imposible de dis-

cutir por sus detractores", y así me iba enterando de la labor sorda, callada y discreta de mi hijo mayor, un admirador sincero de Fidel y su programa libertador.

Una de las "técnicas" que empleaba Armando era la siguiente: como era imposible publicar informaciones en los grandes diarios mexicanos porque éstos estaban ya comprados por Batista y socios, este filtraba notas en las secciones abiertas al público, como personas que acababan de llegar de Cuba y venían horrorizadas de las cosas que pasaban allí, firmadas por nombres y direcciones supuestos y empleando papeles de escribir con diferentes membretes.

En otras ocasiones a través de periodistas conocidos filtraba notas personales que presentaban aspectos positivos de las figuras de la Revolución, especialmente de Fidel, que era al que más se le atacaba.

Aprovechando su trabajo de viajero comercial por el Continente, establecía contactos con personas muy connotadas, informándolas de noticias, que no les podían llegar ni por correo ni mucho menos a través de la prensa.

ANECDOTAS DE MI ENCIERRO HUYENDO DE LA POLICIA

Como casos anecdóticos de mi permanencia en los distintos escondites diré lo siguiente:

Estaba yo escondido en casa de mi fraternal amiga Yolanda Enciso, directora y propietaria de la Escuela situada en Lamartine 114, actuando de profesor de francés e inglés.

Allí creía yo que podría estar por lo menos un par de semanas sin peligro, cuando ocurrió lo siguiente:

Me saluda una mañana muy cariñosa, una antigua conocida llamada Carmen que fué esposa de un compañero mío, exilado español de apellido Masegosa.

Me tiende la mano, la que estrecho, correcto, pero al decirme ella ¡qué alegría en verle, después de tantos años de ausencia. Yo sereno la contesto:

—Señora, usted está equivocada.

Yo no la conozco a usted.

—¿Usted no es el padre de Alberto, el aviador guapote y alto?

—Yo no la conozco a Ud.

—¿Usted no es el padre de Alberto el aviador, guapote y alto?

—Señora, yo soy soltero.

—¿Usted soltero?

—Sí señora, soy soltero.

—Usted está confundida.

—¡Qué extraño! ¿Usted no recuerda que nos ha visitado mucho en Costa Rica cuando yo era esposa de Masegosa?.

—Le digo señora que está usted en un error, yo nunca he salido de México.

—¿De México, con esa pronunciación?

—Bueno, tiene usted razón, la dije algo turbado.

—No he salido de México desde que llegué de España el año pasado.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Me llamo Germán García, siempre a sus órdenes.

—¡Qué extraño! Yo conocí en Costa Rica a un señor como usted, de su misma edad, talla y peso, de su misma pronunciación, y hasta con esa cosita que tiene usted en el ojo y créame, es usted como una gota de agua igual a otra gota, a aquel señor.

—¡Ay, Carmen, interrumpió mi amiga Yolanda, siempre metes la pata!

La otra vez también te confundiste con aquella señora.

—¡Es verdad, que tonta me he vuelto!

Es que soy mala fisonomista.

Aquella misma noche, mi amiga Yolanda me hizo salir de su casa y me llevó a la de su hermana, provisionalmente, pues después de aquel incidente, el nuevo lugar no era sitio seguro, pues mi amiga Carmen, la ex-esposa de mi compañero español era ahora mujer de un jefe de la Federal y era probable que registraran el domicilio de Yolanda la que fué examinada al día siguiente de la visita de mi antigua amiga.

En casa de la hermana de Yolanda, química, divorciada como aquella, estuve dos días, solo con las paredes de la casa y sin salir de allí ni para comprar el periódico.

El hombre que traía la leche, se escamó al verme y me dijo al entregarme la botella del preciado líquido.

—¿Ha leído usted que están buscando a un español que estaba entrenando en el Chalco a un grupo de comunistas mandados por Fidel Castro?.

—Sí, ya leí, sobre esa gentuza.

—Solamente quisiera encontrarme yo ese comunista español para meterle mi "fierrito" en la barriga.

Haciendo eso, Moscú se guardaría bien de traernos esa canalla.

—Opino igual que usted.

—Yo sólo pido a la Virgen todos los días que me ponga en el camino de ese bandido para que viera como procede un mejicano, amigo del orden.

Como es natural, ese mismo día cambié de leche, de lechero y de casa.

En otra residencia donde estuve, su dueña casada con un reaccionario tremendo, aunque ella era liberal y progresista, tuve que salir de su hogar porque ella dijo al marido que yo era un fascista que había llegado de España sin pasaporte.

Cuando hablé con él se empeñó en presentarme otros españoles y llevarme de un lugar a otro.

Y además como me hizo cien preguntas sobre el modo como conocí a su esposa, ví que el hombre sospechó injustamente de ella y esta misma me buscó la casa de otra amiga donde también estuve otros dos días.

La causa del cambio constante de casa la encontrará el lector en una razón de guerra.

Si lee mi libro "Ciento cincuenta preguntas a un guerrillero" verá que en la pregunta número 95 se recomien-

da que una guerrilla nunca esté más de tres días en el mismo lugar.

Yo así se lo aconsejé a mi gente del Chalco y en Sierra Maestra hubo constante movilidad.

Pues bien para huir de la policía hay que seguir el mismo procedimiento.

La noche de aquel día en que Fidel cayó preso, dos personas formaban el público de la cárcel preventiva de la Dirección Federal de Seguridad: mi esposa y Armando.

Este supo colarse hábilmente con su carnet de periodista y llegar hasta mi hijo Alberto, preso también con Fidel.

Armando vió cuando se llevaba a Fidel rodeado como si fuera un pisto:ero entre una docena de policías que portaban en sus manos armas largas y ametralladoras.

Y allí vió a nuestro líder pasar junto a él, altivo, sereno y majestuoso.

Más tarde, en la cárcel, Armando trató de mover un poco la opinión pública mejicana hablando con todo aquel que podía, y poca gente acudió al llamado de mi hijo, para que no se encontrasen tan solos, aquellos gloriosos presos.

Recuerdo que aquellos días malos, iban por la cárcel de Miguel Schultz, la familia del pintor Marín Bosqued, Veneranda Manzano, mi gente y muy pocas personas más.

Los demás, a pesar de los esfuerzos de Armando, presentaban una excusa más o menos evidente, y otros decían con claridad "es muy peligroso el asunto de ir a visitar a esos terroristas..."

Ni un sólo periodista mejicano fué a entrevistar a los presos cubanos, a pesar del tiempo que transcurrió, y de que era noticia sensacional, todo lo relacionado con el grupo apresado.

Más de un mes pasó y tan sólo, salvo los familiares de los presos y algunos, muy pocos amigos íntimos que iban por allí a prestar una colaboración humana, tuvieron contacto con ellos.

Los últimos en salir fueron Guevara y Calixto García los que tan sólo fueron visitados por los miembros de la familia Bayo, por Gabriela, Hilda y muy rara persona más.

La policía mejicana que ha estado siempre al servicio de la reacción más negra y más podrida se portó cochinamente con nuestros idealistas capturados.

Batista gracias al dinero que daba a los jefes de policía y sin duda alguna a sus subordinados, logró que un cubano con un capuchín que cubría su cabeza, los interrogara.

De ese modo el policía y torturador cubano no podía ser reconocido por sus víctimas.

Allí se les apaleó y martirizó en la cárcel llamada del Pocito y a pesar de que esos martirios fueron denunciados por el resto de los compañeros, la prensa vendida de México no quiso hacer coro a esas protestas y los crímenes quedaron impunes.

Los que sufrieron torturas para que confesaran donde estaba Fidel y el resto de los compañeros que en aquellos momentos estaban ya detenidos, eran Jesús Reyes "Chuchú" al que tuvieron colgado por los pies durante siete días y al que tan sólo dejaban descansar cuando perdía el conocimiento.

Cándido González Morales y Julito Díaz los dos héroes y mártires de Cuba, también fueron abofeteados, insultados de comunistas, y martirizados.

Alfonso Zelaya, mejicano, fué tan martirizado que perdió el conocimiento durante horas. En ese estado la policía lo botó a la calle y Raúl Castro, que rondaba la cárcel lo encontró así.

Todos ellos fueron torturados por la policía batistiana y la mejicana de la siguiente manera, en la famosa cárcel del Pocito:

Metían a la víctima de turno en un pozo de triste celebridad que da nombre a esa cárcel.

Allí atados de pies y manos zambullían a la víctima cabeza abajo, y lo introducían en el agua.

Cuando ellos suponían en sus cálculos que nuestros héroes estaban a punto de ahogarse los sacaban del agua, lo dejaban descansar, y metían a otro en el pozo.

Todo esto se hacía entre carcajadas de los policías mejicanos y de los visitantes dictatoriales que en lugar de darse a conocer por medio de tarjetas de visita, lo hacían con cheques crecidos.

"Últimas Noticias" del día 25, columna cuatro, página una, corrobora lo que aquí digo al afirmar que:

"En nuestro país una verdadera nube de agentes especiales del SIM de Cuba, organismo muy temido en la Isla, permanece en nuestro país, y recorre diariamente los puertos aéreos, marítimos y otros lugares por donde penetran a México los exilados cubanos".

En aquellos días me salió del alma en la indignación de ver como se portaban los grandes tentáculos del capital reaccionario, es decir, la prensa y la policía, el siguiente verso:

LA TARIFA MEXICANA

Por diez dolares llamamos
comunista al que usted quiera,
por veinte pedimos cárcel
al que a mirarlo se atreva,
si nos da treinta, decimos
que hay que echarlo pronto fuera
pues es turista perverso
que inquieta esta dulce tierra.
Cuarenta, con letras gordas
que cojan página entera
diremos que está probado
que de Moscú es su bandera
y que tiene nexos fuertes
con la bandera soviética.

Si a la policía da un dólar,
detenemos a cualquiera;
por cuatro damos diez golpes
y lo atamos con cadena;
por seis más en el Pocito
le quemamos la cabeza,
y por cincuenta dolares
R.I.P. al que le molesta.

¡Animense, dictadores,
a soltar la lana en ésta
a la prensa y policía,
y ya verán como aquella
los llama gobiernos nobles
de prosperidad inmensa.
¡A matar, no se amilanen!
¡a asesinar a noventa
a cien, a mil, a millones!
¡no llevéis en ello cuenta
que aquí con dinero todo
se borra y se fundamenta!
¡Viva la dulce mordida!
¡Viva nuestra noble prensa...
¡"México lindo y querido"
eres modelo en la Tierra!

Cuando yo estaba escondido y mis compañeros apresados escribí una extensa carta que por su gran extensión no publico, dirigida al jefe de la Policía Federal de Seguridad capitán Gutiérrez Barrios en la que le decía que yo me declaraba culpable del delito que se pretendía castigar al retener encarcelados a los cubanos patriotas.

Que el único culpable era yo que fui el que los entrené, instruí, animé y arengué.

Que ellos eran patriotas que cumplían su deber al combatir al tirano de su Patria, igual que ellos hicieron cuando México entero combatió contra la dictadura del general Díaz.

Que yo era autor consciente del delito cometido y que estaba dispuesto a entregarme a la policía siempre que a los patriotas cubanos se les pusiera en libertad.

Que si ellos eran libertados con esa condición yo me presentaría en la Federal, pero en caso contrario, que no lo haría.

La carta fué publicada en los periódicos, hizo mucho ruido y no tuvo más fin práctico que el de hacer campaña y propaganda sobre los cubanos a los que la prensa quiso tratar como a vulgares dinamiteros sin consideración alguna, pero la policía no admitió mi propuesta y, entonces toda la Federal mejicana emprendió una formidable cacería en mi captura, ayudada por la prensa, pero sin resultados positivos para ellos.

Lo que yo pretendía era que me encerraran a mí, pero que dejaran libres a Fidel y demás compañeros.

Ellos tenían obra para hacer y yo ya había cumplido la mía.

Al no aceptar la policía mi propuesta, seguí en mis escondites, esperando que se deslizaran los días, ya que el tiempo es el gran bálsamo que todo lo cura.

Continuaba con mi táctica del cambio constante de domicilio, y es porque ello tiene su por qué.

El primer día, la criada, un vecino que vió a uno entrar, el hijo de la portera, el chico de la farmacia o el amigo que llega a la casa, comenta que, donde uno está escondido hay un huésped, y acto seguido aquella noticia cae en el lago de la chismorrería, como se sumerge una piedra en un estanque de agua y va expandiendo en su superficie las ondas del impacto que aquella hizo.

El segundo día ya corre uno un poco de peligro.

Al tercer día de estar en una casa hay que cambiar de domicilio si no quieres caer víctima de tu pereza o de tu ignorancia.

Ya los presos estaban todos libres, hasta el mismo Guevara que fué el último en salir de su encierro.

Mi esposa fué a ver a Fidel y le preguntó si no era hora de que yo me presentase, pues mis cautiverios en casas sin ver jamás el sol en la calle ni en los balcones ni

ventanas de los sitios donde me reclinaba, perjudicaban mi salud, pero Fidel la dijo que no me presentara, que no había prisa y que me fuera por ejemplo, a Cuautla, donde estaría todo el día entre baños y sol.

Así lo hice y tomé decididamente el camino de Cuautla donde me llevó mi hijo Armando en el coche de un amigo. Allí me inscribí en el hotel con el nombre de Manuel Mangada.

Yo en todos los sitios donde iba, me cambiaba de nombre y apellido para no dejar jamás rastro. El elefante deja siempre huellas hondas y grandes, pero el mosquito no deja en ningún caso señal alguna, y yo quería ser mosquito, por eso y porque me simpatizan esos insectos por guerrilleros, pues ellos son también de los de "pica y corre".

Los nombres y apellidos que escogía tenían siempre la misma letra, así yo era Ramón Ramírez, Germán García, etc. Y en este caso me llamaba Manuel Mangada. Hacía eso para tener una regla mnemotécnica fácil para recordar mis apellidos, aunque muchas veces me veía en grandes aprietos para acordarme de ellos como en el caso que voy a referir.

En el hotel donde "se hospedó Mangada" había una artista de cine y televisión americana que se llamaba Margaret. Pues bien, en cuanto la ví fui a ella y me hice muy amigo de la citada artista a la que invité a salir juntos a la piscina de los famosos baños sulfurosos que hacen célebre a Cuautla.

Me vestí como un gringo con mi sombrero mejicano ancho, mis sandalias con pies desnudos y Margaret siempre al lado como obligado coeficiente.

Por la mañana nos dábamos un gran paseo por la ciudad y después terminábamos en la piscina de aguas sulfurosas, de donde partíamos para el almuerzo al hotel.

Mi apellido, Mangada, no lo utilizaba mucho, en cambio mi nombre me lo decía Margaret sesenta veces cada hora.

ANTES QUE LADRON, REVOLUCIONARIO

Al tercer día de ir a los baños me pasó la anécdota que quiero contar.

Margaret al entrar en el balneario me daba sus muy valiosas joyas en la administración, las que yo guardaba juntamente con mi reloj de pulsera en una cajita a la que incluía una tarjeta que nos hacían firmar a la entrega de las joyas, las que nos devolvían al salir dándonos a firmar otra tarjeta que debía coincidir nombres y letra con la que se entregaba al principal.

Aquel día cuando quise retirar las joyas me encontré con que no me acordaba como me llamaba.

Me acordaba perfectamente de mi nombre, pero me había olvidado de mi apellido.

Yo decía: Manuel... pero no podía acordarme del apellido.

Decía ¿Martínez? ¡No! ¿Muntaner? ¡No! ¿Molina? ¡No! ¿Mercado? ¡No! ¿Moncada?

¿Cómo me llamaré yo, Señor? ¿Cómo me llamaré?

Margaret frente a mí en la administración me preguntaba ¿qué haces ahí, qué no sacas las joyas?

—Espera un momento, contestaba yo, mientras trataba de acordarme como me llamaba.

—¿Pero qué es lo que tengo que esperar?

Yo no respondía nada, meditando.

—¿Pero que esperas, Manuel, que esperas?

Sin contestar.

Yo era la estatua de Rodín: el pensador.

—¿Pero Manuel, por qué no nos marchamos? ¿qué hacemos aquí frente a la administración como unos tontos? ¿Por qué no me das mis joyas?

—Mira Margaret, tú siempre me llamas Manuel y a mí me gusta que me llamen por mi apellido.

A ver ¿Cuál es mi nombre completo?

—No me acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Eso mismo quisiera saber, le dije en los límites de la desesperación.

—Bueno, basta de bromas y dame mis joyas que me quiero ir al hotel.

—Espera un momento y no me fastidies más grité a la gringa que no me dejaba pensar.

Y cuando yo ya en el borde de la desesperación antes de pasar por ladrón de joyas me iba a entregar como revolucionario perseguido por el crimen imbécil de no acordarme de mi apellido, de repente como un haz lúminico que me remozara la memoria grité gozoso, ¡Mangada!. ¡Mangada!. ¡Me llamo Mangada!

Ya iba a confesar mi situación y a decir que me llamaba Alberto Bayo pero que allí había firmado con un nombre que no era el mío para que no se enterara mi mujer que yo había ido al balneario con una amiga, y que firmaría con la misma letra con la que lo hice a la entrada, cuando el destino me echó un salvavidas diciéndome y recordándome que yo me llamaba Mangada.

Pedí mi tarjeta de salida, firmé Manuel Mangada, me devolvieron mi reloj y las joyas de Margaret, se las casi tiré a la cara, diciéndole: ¡toma las baratijas y no fastidies más! y salimos ambos hacia el autobús que nos llevó al hotel donde allí cada uno se fué enfadado a su habitación.

Aquel incidente me aburrió de mi situación y decidí presentarme a las autoridades federales para recibir el castigo que éstas quisieran darme.

Además ya era el 23 de Agosto y la prensa no ponía ni una sola línea sobre mí, todo el tiempo anterior salía en primera plana en la que siempre se decía que me tenían cercado, que me rindiera, pero yo sabía que eso era mentira, y además estaba convencido que con mi técnica del cambio constante de domicilio nadie podía prenderme.

TACTICA DEL REVOLUCIONARIO ESCONDIDO

Para poder burlar a la policía en la pelea con ella para que no encuentre una buena pista, hay que borrarla cuando ésta puede llegar a ella.

Los ladrones, los asesinos, los salteadores no pueden gozar de las ventajas de lo que voy a exponer, pues nadie tiene interés en ocultarlos, pero los perseguidos políticos si, porque ellos siempre tienen cien personas que con gozo sufren las consecuencias de esa ayuda que les dan de corazón.

Todo el fácil arte de ocultarse un perseguido político de la policía es mudarse constantemente de casa, de apellido y hasta de ropa, pues el policía sólo actúa cuando hay información exterior, pero jamás por registros domiciliarios de casa en casa.

En el grabado que aquí ve el lector donde dice la gente que el Comandante Universo Sánchez está con un señor que no se parece a mí, dice una mentira, pues ese señor soy yo, con bigote que no lo tengo y con toda mi cabeza blanca teñida con un tinte negrísimo.

Universo, en nombre suyo y en el de sus compañeros, me hacía una visita para paliar un poco las soledades sin sol que me gozaba por aquellos días.

Y ¡ah! para que sirva de enseñanza a la Humanidad doliente... y sin amigos, ¡que me abandonaron en su casi totalidad, al crearme un loco perseguido y acosado fieramente por la policía, por ayudar a otros locos,

Yo mismo no me conocía cuando me miraba al espejo y al verme siempre me decía: ¿y quién es este tío tan feo?, porque la verdad y mucho me hubieran tenido que asegurar que era yo para que me lo creyera.

La misma ropa que llevaba, era prestada, y de esa guisa al pasar junto a conocidos míos ninguno me reconocía, ¿cómo pues lo iba a hacer la policía que me perseguía con fotos mías "tal cual yo era"?

Me presenté pues a la Dirección Federal de Seguridad al Capitán Gutiérrez Barrios, el que me dijo cuando me vió en su presencia que ya no me quería.

Que ellos me necesitaban al principio para recoger todos los hilos de la trama pero que ahora sabían de ella más que yo.

Me dió un apretón de manos y me despidió hasta la puerta.

Mientras yo hablaba con el capitán Gutiérrez Barrios pasó por el despacho donde me encontraba con él, toda la oficialidad con distintos pretextos para conocerme.

Fuera de ese pequeño detalle de policía profesional, Barrios se portó caballerosamente conmigo.

Después de mi presentación se ejerció una tremenda vigilancia sobre mí, para ver que conexiones tenía con el resto de los compañeros.

Mis alumnos una vez reagrupados se fueron a distintos lugares a esperar la orden de partida.

Yo mantenía constante contacto con los jefes.

Cuando yo ya libre por la calle paseaba sin trabajo ni ocupación alguna, contemplando tan sólo el desgrane del calendario esperando la orden de partida, mis horas fueron duras y desesperantes.

Los amigos reaccionarios me echaban en cara el que me mezclara con comunistas, rateros y mariguanos, como decía la prensa.



Universon y el autor cuando se tiñó el pelo de negro, escondido de la policía mexicana.

Los compañeros militares profesionales, juzgando el tema por su propia moral de combate, me discutían que unos pocos hombres no podían batir a un ejército profesional.

El público en general me decía que no valía la pena el que yo hubiera destrozado mi porvenir comercial por combatir a un dictador, pues estando frente a nosotros el país del dólar que todo lo corrompía, no había modo de lanzar por la borda a un tirano, que el problema español así nos lo demostraba.

MIS PELEAS CON LOS ESPAÑOLES DESMORALIZADOS

Los amigos del Gobierno Español en el exilio se alinearon todos en mi contra y me combatieron con saña, pues decían que Batista era gran simpatizante de la República Española.

Todo eran luchas y molestias por la calle pero yo sufría todo ese calvario esperando la hora de la partida.

Los técnicos me insistían que todos ellos hubieran podido hacer lo mismo pero que no se les llamó.

Tuve muchas discusiones con los envidiosos al decirme que mis trabajos fueron inútiles ya que mis conocimientos están escritos en miles de obras militares, de texto en las academias marciales.

A los que no quieren concederme el más pequeño coeficiente de gloria o triunfo por mi aportación a la Revolución Cubana, pues proclaman que tan sólo expliqué a mis alumnos, vulgaridades que están en todos los textos militares, les diré que once años de guerra en Africa con combates diarios y muchas palizas recibidas de los guerrilleros moros, me dan título suficiente para ser profesor con la cabeza alta, de mis alumnos, que tan bien lo hicieron en la Sierra Maestra.

Se apoyarán muchos en el sofisma de que hubieran podido explicar, esas clases aunque no tuvieran un historial de guerra como el que yo tengo, pero no lo hicieron.

¡He ahí el problema...!

En el Chalco no había más profesor que yo, no tuve ni el más pequeño ayudante, en ninguna de las asignaturas

que expliqué por lo tanto en orden del conocimiento militar con el que fueron al combate, la pequeñísima honra de sus conocimientos a mi me pertenece.

La gloria de los combates es de Fidel, el mejor guerrillero del Mundo, más que Sandino, pues el héroe nicaragüense ganó a su enemigo, el ejército americano, pero lo dejó intacto, pero Fidel derrotó al ejército de Batista, lo desorganizó, aventó y desenraizó de Cuba no dejando de él más que su venenoso recuerdo.

Dirán mis detractores o envidiosos de mi labor que también lo hubieran podido hacer ellos, pero a estos les diré que hace miles de años la gente transportaba los objetos que cargaban de un lugar a otro sobre sus espaldas, hasta que el inventor de la rueda, ahorró a la Humanidad muchos trabajos y muchos esfuerzos en nuestro tiempo, inútiles.

Todo el mundo "podía" haber descubierto América, pero fué Colón quien hizo tal prodigio.

Los matemáticos del mundo conocían desde hace muchísimos años que el exponente de 1 era 0, que de 1000 era 3 y así sucesivamente pues bien fué el escocés Juan Neper en el año de 1614 el que nos ofreció la gran conquista de los logaritmos, utilizando esa verdad, que tantísimas ventajas nos proporciona, entre ellas la de convertir la multiplicación en suma y la división en resta.

Todo el mundo conocía que un péndulo giraba a un lado y a otro pero fué Galileo Galilei, matemático italiano el que descubrió sus leyes, y nos dió además el telescopio, peso específico etc. otro "hubiera" podido hacerlo, pero lo hizo Galileo Galilei.

¿Habrá cosa más lógica que el sistema de nuestra numeración y en cambio no la conocieron ni los griegos ni los romanos?

Pues bien, yo fuí el que instruí a mis "hijos de la Guerra Guerrillera" y de eso estoy muy contento, aunque hoy soy yo el mayor admirador de todos ellos reconociendo que ahora la totalidad pueden darme lecciones de guerrillas.

SE VAN EN EL "GRAMMA"

Después de eso, en la mayor aparente quietud, un buen día, sin darme cuenta de nada, el 25 de noviembre, dos meses después de presentarme a la policía, sale de Tuxpan, Veracruz, el yate "Gramma", conduciendo a mis alumnos y a unos pocos más que no lo eran y que se agregaron a última hora, a la gloria o a la muerte.

Cuando la docena de patriotas que nos quedamos en México nos enteramos de aquella marcha y nuestra quedada; la rabia, la indignación, la desesperación, el odio, y la venganza, la cólera, la furia y sus hermanas y hermanastras nombraron a todos los miembros de todas las familias de los que iban en el "Gramma".

Yo no quiero decir lo que allí se dijo entonces, pues no deseo ser causa de que se lleven a cabo quince juicios sumarísimos.

Todos ardían en su furor por no haberles permitido ir a luchar contra el dictador de su Patria.

El deseo truncado de defender a la Cuba esclavizada, llenaba de odio las bocas de los que se quedaron.

Yo era el que menos hablaba, pues quedé exánime, fulminado por un rayo por la noticia. Jamás pensé un momento que me fueran a dejar en tierra después de mis 24 días de ayuno y de mis 63 eternos días perseguido por la policía mejicana.

Estaba grogy, como un boxeador castigado por un torrente de puñetazos.

Oía y oía las lamentaciones de todos mis compañeros pero no prestaba atención a sus palabras, ya que estaba rumiando mi propio drama.

Me veía aislado en México, como un capitán Araña, ridículo ante mis amigos españoles y mejicanos que dirían que allí me habían abandonado sin embarcarme, por varias causas, las que caerían susurrantes, de oído en oído, siempre con intención malévola y algunas venenosas.

Me veía en la miseria, sin clases y sin fábrica, pues el comprador no pagaba, y lo que era peor, estaba en la cárcel, metido en ella por madereros que le proporcionaban madera a los que había engañado. No podía recuperar la fábrica, pues él a su vez la había vendido.

Me veía viviendo a costillas del trabajo de mi esposa, lo que constituía una vergüenza y una indignación.

Salí del grupo de los protestantes y me dirigí a pie a casa; vivía muy lejos, pero quise ir andando para llegar destrozado a mi hogar para poder dormir aquella noche.

Iba andando solo hacia mi casa a la que no quería llegar pronto como el escolar que teme el regaño de sus padres, y en mi andar de hipnotizado, de sonámbulo, pensaba . . . pensaba . . .

Pensaba con envidia que mis alumnos, a los que quería como a mis propios hijos, iban navegando hacia la aventura.

¡Hacia la aventura! Imán de mi vida, obsesión de mi loca cabeza de visionario. Pensaba que, apretados en el barco, iban con sus corazones hermanados, queriéndose, fraternizando todos como hijos de un mismo ideal.

¡Y marcharán cantando! ¡Y navegarán cada uno con una estrella en la frente, camino de la Ilusión y de la Esperanza!

Y los ojos se me humedecían, y mi corazón sudaba dolor, y las penas se agolpaban en la garganta, y eran tantas, que no cabían, y me quitaban el habla, y algunas se salían en forma de lágrimas por los ojos.

Tomé un taxi y me fuí en él a mi hogar; no quería que me vieran llorando en la calle.

Abrí la puerta de mi domicilio y sin decir nada a mi esposa me dirigí al cuarto dormitorio, sin cenar, y me eché vestido en la cama.

—¿Qué te pasa, Alberto,? me dijo mi mujer.

Como contestación, oyó mi silencio.

—¿Qué tienes? . ¡A tí te ocurre algo!, ¡dímelo!.

—¡Se fueron los muchachos cubanos, y me dejaron aquí!

—¿Qué dices?.

—Que se fueron mis alumnos en un barco a Cuba y me dejaron aquí. Se fueron camino de la gloria y no me hicieron un huequito en la embarcación.

—¡Camino de la Gloria o Camino de la Muerte!

—¿Qué más dá! Camino de la pelea contra el oprobio, contra la desvergüenza, contra la dictadura, y a mí me encadenaron los pies a la tierra.

—¡Pues yo me alegro de que no te hayas ido!

¡No tienes edad para esos trotes! ¡Con sesenta y cinco años no se puede ir a esas aventuras!

—¡Me desecharon por viejo, pero no por cobarde!

Gruesas lágrimas rodaron por mis mejillas y mi esposa me acompañó con sus ojos en mi pena, pero su cara y su sonrisa pregonaban que se alegraba.

Me agarré con desesperación la cabeza y protesté: "¡ya estoy viejo!"

¡Ya no me quieren por viejo!

¿Y qué será de nosotros ahora, sin clases y sin fábrica?

—No te apures por eso, yo trabajaré más horas.

Mi esposa me acariciaba, llorosa, la cabeza. Yo tumbado en la cama era azotado despiadadamente por mis pensamientos, con intensidad. La luna con su disco de plata,

por sobre mi ventana se burlaba de mi honda pena, mi mujer seguía asomando gotas de dolor tras los limpios y sagrados cristales de sus ojos; yo me derretía en mis angustias y mientras tanto el "Gramma" con su carga sagrada de héroes, iba navegando retozona, alegre y cantarina, sobre los lomos de las blancas olas, con rumbo a la Gloria.

FIN

COMPONENTES DE LA HEROICA EXPEDICION DEL "GRAMMA"

Salió del puerto de Tuxpan, Ver., México, el 25 de noviembre de 1956, a la 1:00 a. m. Llegó a Belic, Niquero, Oriente, Cuba, el 2 de diciembre de 1956 a las 6:00 a. m.

MURIERON POR LA PATRIA

- 1—CANDIDO GONZALEZ.
- 2—JUAN MANUEL MARQUEZ.
- 3—ANTONIO LOPEZ FERNANDEZ.
- 4—MIGUEL SAAVEDRA.
- 5—CIRO REDONDO.
- 6—ANDRES LUJAN VAZQUEZ.
- 7—SANTIAGO HILTZER (JIMMY).
- 8—ARMANDO MESTRE MARTINEZ.
- 9—RENE BADIA.
- 10—DAVID ROYO.
- 11—OSCAR RODRIGUEZ.
- 12—FELIX ELMUSA.
- 13—JOSE SMITH COMAS.
- 14—LUIS ARCOS BERGNES.
- 15—RENE REINE.
- 16—HUMBERTO LAMOTHE.
- 17—RAUL SUAREZ.
- 18—JULIO DIAZ.
- 19—ARMANDO HUAU.
- 20—PEDRO SOTO.
- 21—EDUARDO REYES.
- 22—ISRAEL CABRERA.
- 23—MIGUEL CABAÑAS PEROJO.
- 24—JOSE RAMON MARTINEZ.
- 25—NOELIO CAPOTE.
- 26—HORACIO RODRIGUEZ.
- 27—CAMILO CIENFUEGOS.

FUSILADO POR TRAIIDOR

- 28—José Morán.

PRESTANDO SERVICIOS ACTUALMENTE

A LA REVOLUCION

- 29—Fidel Castro Ruz. ✓
- 30—Raúl Castro Ruz. ✓
- 31—Ernesto Guevara. ✓
- 32—Faustino Pérez Hernández. ✓
- 33—Universo Sánchez. ✓
- 34—Juan Almeida Bosque. ✓
- 35—Efigenio Almeijeiras Delgado. ✓
- 36—Ramiro Valdés. ✓
- 37—Raúl Díaz Torres.
- 38—Arsenio García.
- 39—Onelio Pino.
- 40—Roberto Roque Núñez.
- 41—Calixto García. ✓
- 42—Jesús Montané Oropesa. ✓
- 43—Calixto Morales.
- 44—Enrique Cueleza Camps.
- 45—Ernesto Fernández.
- 46—Ramón Mejías del Castillo.
- 47—Francisco Chicola.
- 48—César Gómez Hernández.
- 49—Jesús Gómez Calzadilla.
- 50—Emilio Albentosa.
- 51—Gabriel Gil.
- 52—Enrique Cámara.
- 53—Jaime Costa Chávez.
- 54—Arturo Chaumont Portocarrero.
- 55—Pablo Díaz González.
- 56—Reinaldo Benítez Nápoles.
- 57—José Ponce Díaz.
- 58—Rolando Santana Reyes.
- 59—Rolando Moya.
- 60—Mario Chanes.
- 61—Carlos Bermúdez.
- 62—Evaristo Montes de Oca.

- 63—Rafael Chao.
- 64—René Rodríguez. ✓
- 65—Mario Fuentes Alfonso.
- 66—José Fuentes Alfonso.
- 67—Francisco González.
- 68—Fernando Sánchez Amaya.
- 69—Antonio Darío López.
- 70—Luis N. Crespo. ✓
- 71—Mario Hidalgo.
- 72—Pablo Hurtado.
- 73—Esteban Sotolongo.
- 74—Gilberto García.
- 75—Jesús Reyes.
- 76—Norberto Abilio Collado.
- 77—Manuel Hechavarría.
- 78—Armando Rodríguez Moya.
- 79—Alfonso Guillén Zelaya.
- 80—Ginó Doné.
- 81—Ramón Mejías del Castillo.
- 82—Norberto Godoy
- 83—Arnaldo Pérez

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Mis Cantos de Aspirante (de la vida estudiantil). Versos. Guadalajara, España, 1911.
- Cualquier Cosilla (de la vida de cadete). Versos. Toledo, España, 1911.
- Cadetadas. Versos. Toledo, 1912.
- Canciones del Alcázar. Versos. Toledo, 1914.
- Como se forma un aviador, Toledo, 1915.
- Juan de Juanes. Novela. Barcelona, 1926.
- Uncida al yugo. Novela. Barcelona, 1926.
- Dos años en Gomara (de la guerra de Africa). Madrid, 1926.
- La guerra será de los guerrilleros (de la Guerra Civil Española). Barcelona, 1937.
- El tenorio laico. Versos. Madrid, 1938.
- Mi desembarco en Mallorca (de la Guerra Civil Española). Guadalajara, México, 1944.
- Tempestad en el Caribe, México, 1950.
- ¡Cámara! Versos. 1951.
- Magallanes: el hombre más audaz de la Tierra. México, 1953.
- El caballero de los tristes destinos (capitán Alonso de Ojeda). México, 1958.
- Mis versos de rebeldía. México, 1958.
- Sangre en Cuba. Versos. México, 1958.
- Fidel te espera en la Sierra. (Dos ediciones) 1958 en México y en La Habana, 1959.
- Ciento cincuenta preguntas a un guerrillero. (Primera edición en México), 1958, y ocho ediciones en La Habana, una en Panamá, una en México, una en Venezuela, dos en Honduras y una en Tampa (E. U.), 1959.
- Mi aporte a la Revolución Cubana. La Habana, 1960.